

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 10 de Octubre

No. 20

Año XXIII — No. 948

Sumario:

Nueva salida de Ariel	Francisco Monterde	Rigoberto Cabezas	Pío Bolaños
El hombre que obedeció	Fabián Dobles	4 poemas	Fresia Hilarova
Simón Bolívar	José Ángel Rodríguez	Poemas tuyos y míos	Mario Hernández
El libro y la vida	B. Sanín Cano	La fierra	Jesús Vega O.
Intenciones	Vera Yamuni	Oye mi voz, Señor	Claribel Alegria
El plan de Stassen	Salomón de la Selva	Poesías	J. J. Sálas Pérez
José Victorino Lastarria	Ricardo Castañeda Pagani	De la moral	Lorenzo Vives.

Nueva salida de Ariel

(Del N° 3 del excelente bimensuario Cuadernos Americanos, México, D. F., mayo-junio 1942).

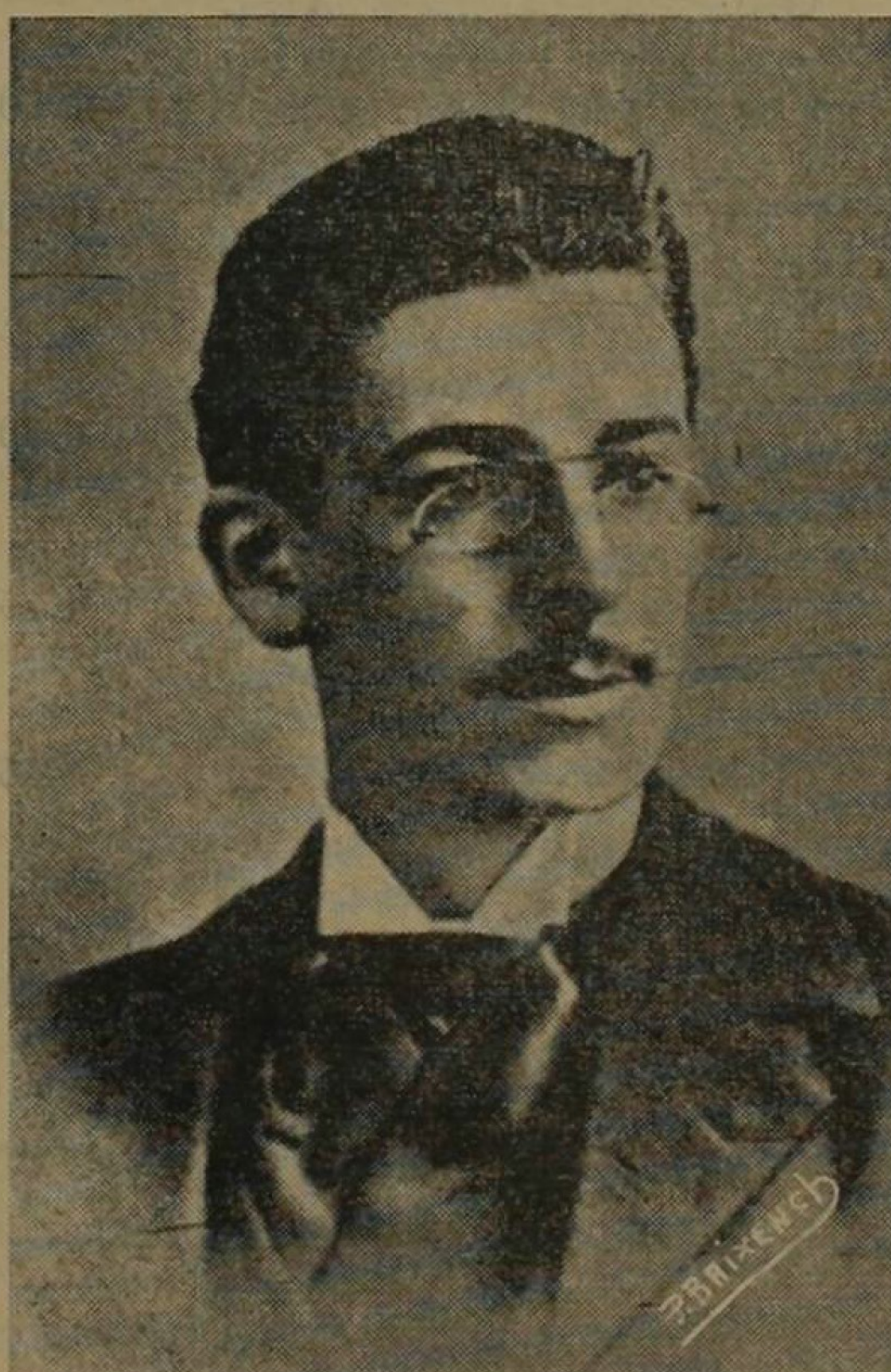
Cuando apareció *Ariel* en 1900, como tercer folleto de la serie crítica y filosófica *Vida nueva*, su vuelo produjo en Hispanoamérica una impresión que José Enrique Rodó había buscado y quizás previsto: una impresión en efecto nueva.

Tal vuelo, iniciado en el Uruguay, fue realmente un acontecimiento editorial de importancia—dentro del género al cual *Ariel* pertenece—, por su repercusión, continental primero y peninsular más tarde. La zona que abarcó fue más amplia que la lograda por el *Facundo* de Sarmiento. En su escala inicial, reproducen el texto de *Ariel* revistas de Caracas, Santiago de Cuba y Santo Domingo. Su brevedad facilita la difusión: leído con avidez, lo comentan Alberto Nin Frías, en la Argentina; Francisco García Calderón, en el Perú; Carlos Arturo Torres, en Colombia. En seguida cruza el mar, y *Clarín* lo recibe con entusiasmo, en España; la *Revista crítica*, de Madrid, lo reimprime íntegramente. Después, lo aplauden Miguel de Unamuno, Juan Valera, Rafael Altamira. En otros idiomas, lo comentan Le Senne, De Miomandre, Goldberg... Los lectores de Europa y América, se dejan conquistar por la prosa de Rodó, trabajada en amplios períodos.

La crítica de México, orientada preferentemente hacia lo europeo, al principiar el siglo, no advirtió desde luego la presencia de *Ariel*: a nuestro país no llegó en vuelo directo, como el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, ni fue leído—que sepamos—en una velada de cualquier cenáculo. Se encargó de difundirlo, desde Monterrey, el gobernador del Estado de Nuevo León, general Bernardo Reyes, en edición de obsequio, de quinientos ejemplares, terminada en los "Talleres Modernos" de Lozano, el 14 de mayo de 1908. Una edición de forma alargada, en papel *couché*, que honra a quien ordenó que se hiciera.

Hay que trasladarse mentalmente a los años anteriores a 1911, para comprender el efecto que *Ariel* produjo en aquella generación pre-revolucionaria. Por entonces, Pedro Henríquez Ureña traducía los *Estudios griegos* de Walter Pater, que publicaba la *Revista Moderna*. La renovación modernista—frenadora de un realismo trasnochado—enmudecía ante los silencios de Maeterlinck. Se insinuaba la reacción post-modernista. Antes de que Rebolledo contribuyera a facilitar el conocimiento de Wilde, solamente leían a este, en inglés, lo mismos que descubrirían, más tarde, a Bernard Shaw.

Entre aquellos críticos europeizantes y los con-



Rodó a la edad en que compuso *Ariel*

tados escritores nacionalistas que, Con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel, preparaban la *Antología del Centenario*, apareció repentinamente *Ariel*, de Rodó. Aquello fue como un deslumbramiento para los jóvenes que escuchaban admirados las más sonoras páginas. Se repetía, de preferencia, la parábola de *El rey hospitalario*.

Fue ésta, probablemente, la que abrió una brecha por la que pasaron después los demás libros de Rodó: *Motivos de Proteo*, *El mirador de Próspero*, *Nuevos motivos de Proteo*, los que conquistaron, para Rodó, lectores incondicionales.

Los estudiantes de aquella época—que en su mayor audacia, sólo se atrevían a pasear a don Justo Sierra, tirando de su propio carruaje, por la calle de San Ildefonso, después de su profesión de fe espiritualista en el "Generalito", ante don Porfirio Parra—acogieron el *sermón laico* de *Ariel*, como un manifiesto revelador de la Hélade, y hallaron en él un poderoso estímulo—*Ariel*, ariete—para atacar el utilitarismo estadounidense, contra el cual Rodó prevenía a las juventudes

de la América española, para que no siguieran aquel ejemplo, más nocivo—sugería—por venir de un poderoso.

Ariel acaba de hacer una nueva salida, en México: la Universidad Nacional Autónoma lo ha incluido en sus ediciones, por voluntad del rector, licenciado Mario de la Cueva, que prologa esta nueva edición mexicana. Es, desde luego, la más generosa de las publicadas entre nosotros: doce mil ejemplares, ofrecidos gratuitamente a los estudiantes universitarios.

Este comentario no se propone examinar la nueva edición de *Ariel* como se haría en una nota bibliográfica, aunque no puede dejar pasar inadvertida la nitidez con que está impreso el breve libro—en el que la Imprenta Universitaria usó por primera vez sus caracteres Garamond y Caslon—y el hecho de haberse eliminado errores de importancia, que se repetían en ediciones hispanoamericanas y españolas; no sólo faltas de puntuación que hacían ininteligibles algunos pasajes, sino también cambios como el de cierta "cabeza asesina"—que no es precisamente la cabeza de Medusa, como podría suponerse, sino la cabeza de asno, *asinina*, que aparece en *El sueño de una noche de verano*, aludido por Rodó en forma que no comprendieron varios editores de Montevideo, de Barcelona, de Santiago de Chile.

Tampoco se va a insistir aquí en las excelencias y fallas de *Ariel*, de Rodó, enfocándolo desde otros puntos de vista. Ya la edición regiomontana advertía, prudentemente, en su tiempo, que "en el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norteamericano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud de estímulo y persuasión (*sic*) de su prédica"... Tal examen no correspondería al propósito que dió origen a estas notas.

Como todo libro que se difunde ampliamente, *Ariel* ha sido, en cuarenta años, objeto de múltiples elogios y blanco de disparos, alguna vez certeramente dirigidos. La revisión de Rodó en general, y de *Ariel* en particular, se ha intentado—y aun realizado—varias veces. Luis Alberto Sánchez ha vuelto a hacerla, en años recientes. Su *Balance y liquidación del novecientos* demuestra la probidad del mismo, que tuvo valor de rectificar conceptos anteriores, en aquello en que no se hallaban de acuerdo con su manera de observar la influencia de Rodó, en el momento presente.

A pesar de cuanto se ha escrito en contra del educador uruguayo, queda en pie el estudio de Gonzalo Zaldumbide que, cuando comentó dicha obra, no perdió el equilibrio, como otros, al fallar en favor o en contra de ella; al examinar aquellos aspectos, los más débiles, en que con fervor pone al servicio de una figura discutible, los mejores recursos literarios de su excelente prosa.

El prologuista de esta edición mexicana de *Ariel*, señala de nuevo aquello que merece mayor atención, en sus páginas; enseña a los lectores estudiantes, en su calidad de rector, en dónde radica el valor del libro que "anuncia una transformación en los sentimientos de los pueblos de América hacia España". Las luchas de independencia, explica, hicieron creer que "había sido como uno de tantos pueblos forjadores de Imperios y al que únicamente la fuerza de las nacientes naciones pudo abatir. Han sido necesarios más de cien años de vida independiente para convencer a nuestros pueblos de que España vino a regar su sangre y su espíritu para formar un mundo...; de que lo verdaderamente grande en las tierras de América procede de España".

Advierte que "Próspero es el maestro de la juventud de Hispanoamérica y en ella finca su esperanza para la redención del mundo"; que "Rodó, después de exaltar los valores de la juventud, le anuncia un nuevo humanismo... Es el espíritu de Grecia que da origen al nuevo humanismo integral"... Recuerda que Rodó se yergue "contra el propósito de la educación moderna, que olvidando que la cultura es una, pretende la especialización de los jóvenes; la especialización, dice el maestro, busca la utilidad, el interés personal, el mejor desarrollo de la mano para la producción de la riqueza, pero nunca los fines eternos de la cultura, ni los grandes ideales de la humanidad".

Próspero "ama la democracia... como forma pura de organización política... Una democracia social que proporcione a los hombres idénticas oportunidades para desarrollar sus facultades; no la democracia que desconoce el derecho de cada hombre a realizar su destino, pero, tampoco la fuerza de la mediocridad impidiendo el desarrollo del genio personal... Ya para concluir, definiendo Próspero a los pueblos de la América hispánica, haciendo notar a sus alumnos los peligros que los rodean y la conducta que deben seguir para triunfar en la historia... La humanidad vive para realizar su espíritu y a éste es ajena la utilidad. Lo útil es un episodio en la vida del hombre, pero no su destino; es presente, al que nada importa el porvenir; los pueblos que viven para lo útil son pueblos fuertes en su época, pero nada significan en el desarrollo histórico de la humanidad... Que vivan en paz las Américas, ese es el pensamiento de Rodó; que se respeten mutuamente, pues la existencia de rutas diferentes será sin duda benéfica a los pueblos, como ocurrió en Grecia".

Al terminar, dice el prologuista: "Que sigan su camino los dos mundos de América, y que cada cual construya su porvenir; nosotros, la América hispánica, levantemos nuestras universidades como los templos del espíritu, que habrán de impedir en el futuro el triunfo de los intereses materiales que hoy consumen, por desgracia, las grandes energías de la humanidad".

¿Cómo recibirán los estudiantes, para quienes fue hecha, esta nueva edición de un libro que probablemente pocos de ellos conocen? ¿Experimentarán, al leerlo, una impresión análoga a la que conmovió a sus padres, cuando eran también estudiantes? ¿Se sentirán movidos por lo que Rodó sugiere, y animados del deseo de apartarse de la atracción que sobre ellos pueda ejer-

FONDO de CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63

MEXICO, D. F.

Títulos disponibles:

Gilberto Loyo: <i>Evolución de la definición de Estadística</i>	1.25	Juan José Domenchina: <i>Poesías escogidas</i> (1915-1939)	5.00
Arthur Birnie: <i>Historia Económica de Europa 1760-1933</i> . Versión española revisada por Daniel Cosío Villegas	6.00	Enrique Díez-Canedo: <i>El Teatro y sus enemigos</i>	2.50
Henri Pirenne: <i>Historia Económica y Social de la Edad Media</i> . Versión española de Salvador Echavarría	4.75	Alfonso Reyes: <i>Capítulos de Literatura Española</i>	4.75
Gustavo Cassel: <i>Pensamientos fundamentales de la Economía</i> . Traducción de Salvador Novo	3.00	José Moreno Villa: <i>Locos, enanos, negros y niños palaciegos</i> . Siglos XVI y XVII. Vol. empastado	7.50
Jonh Strachey: <i>Naturaleza de las Crisis</i> . Versión española de Emigdio Martínez Adame	7.50	José de Acosta: <i>Historia Natural y Moral de las Indias</i>	24.00
Mario Pugliese: <i>Derecho Financiero</i> . Versión española de José Silva	7.50	Julio Torri: <i>De fusilamientos</i>	2.50
R. Palme Dutt: <i>Dos décadas de la política mundial</i>	1.50	Juan Roura-Parella: <i>Educación y Ciencia</i>	6.50
Harold J. Laski: <i>El Liberalismo europeo</i> . Versión española de Victoriano Miguelez	6.00	Pedro Carrasco: <i>Optica instrumental</i> . Vol. pasta	6.00
John P. Day: <i>Historia económica mundial</i> . Versión española de Vicente Polo	4.75	Domingo P. de Toledo y J.: <i>México en las obras de Marx y Engels</i>	1.25
William P. Shea: <i>El dólar plata</i> . Traducción de Salvador Novo	1.75	Clarence H. Harding: <i>Comercio y Navegación entre la España y las Indias</i> . Versión española revisada por Emma Salinas	9.00
Maurice Dobb: <i>Una introducción a la Economía</i> . Traducción de Daniel Cosío Villegas	6.00	<i>Fuentes para la historia del Trabajo en Nueva España</i> . Recopiladas por Silvio Zavala y María Castello. En 4 vols.	8.00
Barret Whale: <i>El Comercio Internacional</i> . Traducción de Eduardo Villaseñor	5.00	Rosendo Carrasco Formiguera: <i>Endocrinología sexual</i>	13.00
		F. C. Bartlett: <i>La propaganda política</i> . Versión española de Francisco Giner de los Ríos	2.70
		Juan Ginés de Sepúlveda: <i>Sobre las justas causas de la guerra contra los indios</i>	6.00

Con el Adr. del Rep. Amer.
Calcule el dólar a \$ 5.00.

cer el utilitarismo, propagado eficazmente por medio de imágenes?

Para la mayoría de estas preguntas, y de otras que llegaran a hacerse, la respuesta no puede ser optimista: es ley humana que una generación no siga los pasos de aquella que la precedió. Gracias a esto, el mundo no copia sucesos, por regla general, con demasiada frecuencia; y cuando la historia—enseñanzas del pasado—repite los hechos, esto acontece en episodios suficientemente espaciados, por fortuna, para que los hombres hayan olvidado ya las lecciones aprendidas por sus antepasados y desconfíen aún de los alarmantes pronósticos de estrategias del tipo de Casandra, que sólo vaticinan derrotas.

¿Qué misión importante realizaron aquellos mismos que tenían veinte años hace treinta o cuarenta y a quienes deslumbraron, en su juventud, las afirmaciones de Próspero? ¿En cuál obra puede advertirse la influencia de las sugerentes parábolas de otros libros del mismo autor—*Mirando jugar a un niño*, *La pampa de granito*—fuera de la literatura, donde los imitadores de Rodó y de Wilde prolongaban, involuntariamente, la forma didáctica del Nuevo Testamento? ¿Intentó aquella generación llevar a la prác-

tica algunas de las ideas defendidas por Rodó, en *Ariel*, para evitar, por lo menos, una de las crisis de la segunda y la cuarta décadas del presente siglo?

Esa transitoria esterilidad del espíritu, no da derecho, sin embargo, a desconfiar para el futuro. Bien puede una generación que duda, como la actual, encontrarse con terreno preparado, lenta e imperceptiblemente, por quienes la precedieron, para que las ideas fructifiquen. Esto respondería, quizás, al escéptico el mismo Rodó, con una de sus parábolas predilectas.

Es curioso observar, por otra parte, que el discurso de despedida del anciano Próspero ha tenido, según parece, consecuencias más palpables, entre algunos de los estudiosos de Norteamérica, que se han puesto de parte de Ariel, al apartarse de Calibán, y que han vuelto sus ojos a la Grecia de Píndaro, como si tal discurso hubiera sido pronunciado en la clausura de cursos de una Universidad Norteamericana. Paradoja que asombraría al mismo Rodó—si esto fuera posible,—en nuestros días.

En tal sentido, la lectura de *Ariel* parece ahora más indicada que nunca, para los estudiantes de aquellos países que Rodó llamaba precisamente *latinos*, como los estadounidenses se empeñan en llamarnos desde hace tiempo; por-

que es hoy en día cuando el ensueño está más distante de los que se aferran a la realidad inmediata; cuando se quiere alcanzar con presteza la conquista de lo material, y se desdeñan más acentuadamente los valores perennes, la proyección del espíritu hacia el futuro.

Por eso, aunque se pongan en duda los resultados favorables y se tema que muchos estudiantes no sepan apreciar, por impreparados, la exaltación épico-lírica que se advierte en la prosa de Rodó, suavizada por la influencia de la prosa francesa en el modernismo—un purista se alarmaría con los galicismos que hay en *Ariel*—al pasar de la parte expositiva a la narrativa, de lo didáctico a lo poético; y no obstante que una voz íntima afirme que, al contrario, por hallarse mejor preparados, algunos de los jóvenes universitarios sonreirán levemente al encontrar, en *Ariel*, referencias a Bourget, Marden y otros escritores que ya no les interesan; a pesar de todo eso, hay que esperar el mejor fruto, de esta nueva salida de *Ariel*, en el momento oportuno en que Hispanoamérica necesita volver a oír voces de un guía, como Rodó, abierto a la esperanza.

Aun cuando varios de los estudiantes que han recibido este obsequio de la Universidad Nacional Autónoma de México se limiten a ser intermediarios para la difusión del libro útil, que siempre va a las manos que merecen conservarlo, bastará el hecho de que algunos lean *Ariel*, sepan lo que significa, y hablen de Rodó—

FRANCISCO MONTERDE

El hombre que obedeció

(En el Rep. Amer.)

Y aquella vez, Ildo Argüello sintió que veía la luz en su espíritu. Pero era una luz de hosca voz de penumbra. Asistía al encuentro consigo mismo, y se miró de cuerpo entero: no era más que un arbusto pequeño, intrascendente, sembrado en la vasta llanura del mundo... Y, hasta entonces, él había creído ser un robusto árbol de madera firme y anchas ramas, aunque nadie supiera de su crecimiento escondido.

En la avenida, la noche extendía una mano de neblina y los faroles parecían ojos enfermos de catarata incurable. De vez en cuando un coche tintineaba en las sombras y se perdía en la espuma oscura de la calle. Los transeúntes solitarios hablaban en silencio con sus pasos acompasados.

El estaba cabizbajo, sentado en el cordón de la acera. De su mano una hoja de periódico se descolgaba blanca y quieta. Y su corazón crujía bajo el peso que lo oprimía, cayendo a través de sus ojos desde aquella hoja muda, pero clara. Demasiado clara. Decía: "Ha aparecido un libro. Lo publica un nombre hasta ahora desconocido. Hay madera en él. Ildo Argüello tiene porvenir". Y nada más.

Días atrás había leído lo mismo: "Ildo Argüello tiene fibra. Su 'Hojas Desparrramadas' acusa buenas condiciones. Si se empeña llegará lejos."

Sus amigos le trajeron esos comentarios. Venían alegres, como quien llega a despertar a un niño en nochebuena para que vea los regalos que le han dejado los magos. Avido, con fiebre—ancha fiebre que había guardado por años—, corrió sus ojos sobre el papel. Leyó. Una sonrisa fructificó en sus labios. Y los amigos no vieron en ella la amargura que ocultaba. Ildo Argüello oyó que en su interior un mazo inmensurable, de un golpe infinito, abría un abismo y lo situaba frente a él, cor-

entre el juvenil comentario de dos películas cinematográficas,—para que el esfuerzo se justifique.

Si, además, entre ellos surge uno solo que mañana se proponga realizar alguno de los nobles propósitos que animaron al autor de *Ariel*, aunque no lo realice, la fe que el maestro uruguayo había puesto en todos los jóvenes, presentes y futuros, de su América, no quedaría defraudada.

tado a pico. Se vió envuelto en un vértigo sin límites, solo, derrotado. Duró aquello no supo cuánto.

Los amigos no pudieron ver, porque nunca habían escrito, ni esperado nada.

Argüello cubrió con orgullo el escozor de su quemadura. Volvió a sonreír. Trajo a la fuerza una alegría fingida, y la mostraba:

—Qué bueno. Está magnífico esto... No lo esperaba...

Y, de veras, él no se lo esperaba. Estaba seguro de algo más, de mucho más. No lo había dudado ni un momento. Pero vinieron, llegaron presurosos con la realidad de golpe, en la palma abierta del periódico.

Después, sin que nadie lo viera, aún esperanzado, aún casi seguro, se precipitó sobre las ediciones de la tarde, y los diarios de la mañana siguiente.

Sólo encontró otro corto plumazo. Aquella era una limosna. La palmada que da el maestro rutinario en la espalda del discípulo tonto para animarlo. El "siga adelante" sarcástico e hipócrita de todos los siglos. Lo que nadie necesita y todo mundo da...

Pensó hasta cansarse: que era envidia... No. Sí. Tal vez. Qué va... Al fin lo descartó.

Que posiblemente se ocuparían próximamente de su libro con extensión, con cariño, como se lo merecía. Mas se puso lógico, razonó. Es duro razonar, a veces.

Que ría a las redacciones de periódicos a decir cuatro verdades a los críticos perezosos; a pelear; a explicarles lo atrasados que eran. Pero él sabía que no habría de ir, porque lo agarrotaba la sombra de su orgullo profundo.

Después se encerró consigo mismo. Se dijo que a las rocas no las conmueve la necedad milenaria del mar y siguen siendo rectas; los ríos continúan su curso a pesar de los diques

que los hombres les clavan en su carne, y los barcos surcan el mar contra el viento, la distancia, la carga, los escollos, etcétera.

Pasaron tres días. El sueño se le había cambiado en insomnio. No comía. Pensaba pensaba. Es venerable pensar tanto; pero destruye, corroe, daña.

Aquella noche echó llave a su pieza. Vivía en una fonda mala. Se hundieron sus dedos en su pelo enmarañado y en los ojos tenía sembradas las sombras de su lucha interior. La sed se pegaba a su garganta, como una yedra. Sentóse luego en su escritorio. Se agarró la cabeza con sus manos amarillentas de tabaco. Y se durmió a poco.

Sería la medianoche cuando despertó. Súbitamente su rostro se tornó brillante, poderoso, lívido, avasallador. Se crisparon sus manos; abrió su gaveta. Aparecía en ella el forro de su libro. "Hojas Desparrramadas", leyó. Cerró los ojos; sacudió su cabeza. La cólera lo asaltó, se le hundió hasta el fondo, lo enrojeció. Iba a abrirlo. Su libro. Lo abriría. Sintió una necesidad, un mandato, de leerlo; y ya. Era la salvación para su espíritu... Se lo sabía de memoria. Pudiera decir dónde había cambiado una frase y en qué parte aquellas hojas, cuando nacieron, habían visto llanto en sus ojos, o resplandor frenético en su frente, o respiración fatigosa y desbocada en sus pulmones. Pero lo leería, como quien va a descubrir algo o quiere encontrar un camino perdido y olvidado de pronto... Y:

—¡No, no! ¡Yo no lo leo! Tengo miedo... Es mío, mío. Lo parí con dolor, con un dolor horrible, como el de una madre primeriza, de trece años, o como duele el limón en una herida abierta. No, no. Yo respeto eso. Es mío y de nadie más. Pero no puedo abrirlo. Es sagrado, sagrado. Lo quiero. Me salió de muy adentro. Logré publicarlo. Me maté para publicarlo...

Habíase levantado y estaba erguido. Se echaba hacia atrás, con los dedos en dirección opuesta y la mirada pegada al tomo... Trescientas páginas, y sólo unas letras en los periódicos. Su vida allí, casi; o más que su vida, porque siempre había pensado que estaba viviéndola más hondamente que lo hacían los que él tenía por hombres corrientes; y le arrojaban un desperdicio.

—No. Yo no soy de la manada. Busco las cosas. Me enfrento a los sentimientos. He andado detrás de los hombres para beberles sus movimientos, sus poses, su blanco, su negro, y grabarlos en esas hojas. Soy un dibujante; siempre quise ser un dibujante de co-



sas humanas. Me han pegado en los burdeles. Me ensucié, me emborraché, caí y me levanté para saborearlo todo, todo...

Continuó haciendo frases en alta voz, sin orden, como cuando llueve a golpes de viento y con el sol de por medio. Al fin, dejó caer la cabeza y semejó una imagen benedictina, recta y doblada a la vez. Los zapatos sucios se le salpicaron de gruesos lagrimones. Gimoteaba.

La patrona, temerosa, tocó la puerta suavemente:

—¿Qué es lo que le pasa, Argüello?

Su yo orgulloso lo sacudió inmediatamente y con voz tranquila contestó:

—Nada, no les nada, doña, ¿por qué?

—Si así lo dice, así será. Pero apostaría cualquier cosa que estaba quejándose. Se alejó la dueña.

Ildo se lanzó a su cama. Hundióse en su almohada, y volvió a gimotear.

—o—

Esa noche, finalmente, pudo leer.

Cuatro horas.

Cuando el claror de la madrugada se coló por la ventana, terminó la última página. Y ya se había hecho, también, la luz en su espíritu. Luz de crepúsculo... Lentamente, hoja por hoja. Así se sube por una cuesta casi interminable, para encontrarse al cabo frente a un tajo insondable y sin remedio.

Helado, se debatía sin fuerzas. Mas, ahora estaba seguro. Su libro no valía. ¡He ahí la gran verdad! Eran trescientas páginas en blanco, o, mejor decirlo claro, manchadas de cosas sin trascendencia.

Tenían razón los periódicos. Se lo habían dicho con la fórmula suave, secular, redonda ya de tan usada.

...—Y yo tengo ya treinta y cinco años...

—o—

El desengaño y el decaimiento llegaban. Pero tardaron mucho, ¡mucho!

El pensaba siempre en Goethe. Alguna vez leyó que para echar al mundo su Fausto había esperado una vida. También esperó él. Hizo, rehizo, rompió, pulió. Meses. Años. Las canas, mientras tanto, le alumbraron el cabello desordenado; y las arrugas se anidaron en su rostro, en tanto iban llenando de tabaco los dientes y las manos.

Se había alejado de las mujeres su espíritu... A una la quiso. María Antonia; linda; sonrosada; grácil. Mas él olvidaba llevarla al teatro y la dejaba esperándolo muchas noches, cuando se ahorraba en su cuarto y no volvía a la oficina, enrojecidas sus mejillas, la cabeza hirviéndole, temblándole las manos, sobre las hojas, y los borrones, y las ideas. Ah, sus ideas. Ella se enojaba. Un día salió con otro.

Le reclamó, quejumbroso y sintiéndose con derecho. María Antonia le dijo que escogiera

entre ella y su famosa obra. Le agradaban las novelas policíacas y el cinematógrafo fácil, y se aburría de las complicaciones literarias que se empeñaba en leerle Ildo Argüello.

Nombre ridículo el del tal Ildo. Se lo decían sus amigas.

Y él no volvió más.

Era un hombre flaco. La patrona temió mucho no fuera a resultar un día de tantos tísico. De vez en cuando le llevaba alguna sopa sustanciosa. El se la agradecía con una sonrisa. Y a veces la dejaba enfriarse sobre su escritorio, horas de horas, mientras revolvía papeles y gastaba tinta. Se dormía, y tal vez volcaba la taza aún intacta.

Perdió varios puestos. Qué importaba. Arañaría contra la necesidad. Empeñaría la máquina de escribir. No tenía familia. Argumentaba que un hombre solo podía darse el lujo de arriesgar morir de hambre.

Se agenciaba el modo de enredar a aquella buena señora, la dueña. Cuando saliera el libro, entonces, ya cambiarían las cosas; le pagaría, y hasta le compraría un buen regalo. Ella refunfuñaba; mas era fácil vencerla.

A los días, ya había conseguido otro empleo.

Y fué guardando dinero, peso por peso, durante meses, y durante privaciones, y a través de los cuellos sucios y las camisas raídas, porque vestía mal y no gastaba casi.

Iba creciendo su obra. Seguía haciéndole retoques, con cariño, con orgullo, como una madre que arregla el vestido de su hija única antes del matrimonio. Al fin: ¡la edición! Lloró cuando se la entregaron en la imprenta. Pagó, y le brilló en el rostro una alegría de niño pobre que compra en el estanco de la esquina una calcomanía. Estaba como ale-

Editorial SENECA

Varsovia 35-A

México, D. F., México

Obras en venta:

<i>El problema social de la lepra</i> , por el Dr. Julio Bejarano	\$ 3.50
<i>La mujer, el amor y la vida</i> , por el Dr. Torre Blanco	3.50
<i>Enfermedades venéreas</i> , por el Dr. Juli oBejarano	3.50
<i>Disparadero español</i> (el alma en un hilo) por José Bergamín	5.00
<i>Poesías líricas de Gil Vicente</i> , (Selección y notas de Dámaso Alonso)	3.50
<i>Concordia y discordia</i> , por Juan Luis Vives, Traducción de Laureano Sánchez Gallego (encuadrado en cartón)	14.00

<i>Piedras Blancas</i> (Experiencia de la Muerte) Por Pablo L. Landsberg	4.00
<i>España, aparte de mí este cáliz</i> , por César Vallejo	3.50
<i>Memoria del olvido</i> (Poesías) por Emilio Prados	3.50
<i>Nabi</i> , (Poema) por José Carner	3.50
<i>Niebla de cuernos</i> (Entreacto en Europa), por José Herrera Petere	3.50
<i>Paseo de mentiras</i> , por Juan de la Cabada	3.50
Fray Luis de Granada: <i>Maravilla del Mundo</i> . Selección y Prólogo de Pedro Salinas	3.50

Con el Adr. del Rep. Amer. Calcule el dólar a \$ 5.

dado cuando vió los ejemplares satinados en las vitrinas de las librerías. Era azoramiento lo de su cara, era el fin conseguido, era la felicidad allí presente. Detrás de los vidrios y ante los ojos de todos, estaba su libro.

Vendrían artículos de prensa, largos, jugosos, necesarios.

—o—

Y hélo aquí esta otra noche enmohecida por la neblina.

Había bebido, porque el alcohol es para los hombres solos y entristecidos una mano cariñosa.

Pasó el último transeúnte... La hoja de periódico cayó de su mano. Se levantó lentamente, como un caballo cargado de cansancio.

—¡Siga adelante, tiene fibra!—murmuró su voz gangosa.—¡Yo no puedo volver a comenzar, no!... ¡Nooooo!

—o—

Las gacetillas de periódico, con grandes letras y a dos columnas, dieron la noticia de que el novel escritor Ildo Argüello "había puesto trágico fin a sus días". Y la gente, por eso, compró su obra.

El creyó que se mataba por orgullo.

—o—

Ahora, y a treinta años de su muerte, miro su silueta larga y decaída perderse en la horizontal de aquella avenida de faroles empañados. Y la veo radiante, agrandada, enormemente taciturna, mientras leo su libro, que siempre, como una fruta, se repite sobre mi mesa. Y digo con respeto: He aquí a un hombre que, ingenuamente humilde, obedeció la orden de los hombres. He aquí a este hombre humildemente equivocado. Muerto y equivocado.

Y su equivocación está siempre presente, con el nombre de amargura, dondequiera que llegue su recuerdo.

FABIÁN DOBLES

Costa Rica, setiembre de 1941.

CON

Moore - Cottrell

North Cohocton, N. Y., E. U. A.

consigue Ud. una suscripción a este Semanario

COMPRESUS MUEBLES EN LA

Mueblería EL HOGAR,

Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.

Apartado 1384

— Teléfono 3339

Simón Bolívar

(En el Rep. Amer.)

"El día de su muerte nacen los hombres verdaderamente grandes".—Juan Montalvo.

Si alguien en nuestra historia americana es merecedor de estudio acucioso y de un culto patriótico sin término, sistemático, comprensivo e incansable, ese alguien es SIMÓN BOLÍVAR, nuestro Libertador por antonomasia, nacido en CARACAS el día 24 de julio de 1783, de doña María de la Concepción Palacios y Blanco y del coronel don Juan Vicente Bolívar; y muerto en San Pedro Alejandrino el día 17 de diciembre de 1830, a los 47 años de edad.

Hombre predestinado, espíritu vidente y exaltado, voluntad animosa e invencible, Simón Bolívar hizo la revolución emancipadora que había iniciado en 1806 el precursor General D. Francisco Miranda; y después de afrontar la suerte varia de la guerra en 36 batallas campales y en 436 combates, proclamó la República de la Gran Colombia, libertó al Perú de la anarquía interna y de la dominación realista, derrotando a los ejércitos aguerridos del General Canterac en dos memorables jornadas: Junín y Ayacucho, libradas respectivamente los días 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, las cuales dieron fin glorioso a la epopeya de independencia sur-americana; y creó a Bolivia, a quien puso bajo la égida política y autoridad del esclarecido ciudadano, noble soldado y formidable combatiente, el Gran Mariscal don Antonio José de Sucre, encarnación del valor, de la lealtad y de las más puras virtudes cívicas y militares.

La dominación realista implantada en América durante el reinado de doña Isabel la Católica, en uno de los mejores y más grandiosos gestos de poderío marítimo, peninsular y mediterráneo del pueblo español, no pudo sobrevivir durante el desgobernismo absolutista y decadente, desvaído y mediatizado de Fernando VII, apellidado el "rey felón", a la memorable acción de AYACUCHO; salvo precariamente en Cuba y Puerto Rico, por cuya liberación se debatieron sucesiva y heroicamente,

hasta lograrla en parte, los émulos y descendientes políticos del prócer caraqueño, Narciso López, Carlos Manuel de Céspedes, Eugenio María de Hostos, Máximo Gómez, Ignacio Agramonte, José de Diego, Antonio y José Maceo, y José Martí, el poeta y apóstol que escribió con su pluma, con su genio español, con su alma liberal, con su voluntad inquebrantable y con su preciosa vida ofrendada en Dos Ríos, el día 19 de mayo de 1895, la penúltima estrofa del poema de libertad, cuya primera estrofa esculpió el Libertador y cuyo epílogo demanda la consagración apostólica de un Pedro Albizú Campos en la isla encadenada de Puerto Rico y de un Salvador Mendieta en la América Central, avasallada por el separatismo endémico y agostador.

La vida y la gesta histórica de Simón Bolívar, lleva implicado como algo consubstancial que emergió de la misma, el advenimiento de la democracia en nuestra América; y la consagración política del régimen republicano como forma civilizada de gobierno en nuestros pueblos hemisféricos destinados a ser hogaño, como antaño, y como siempre el paladín de la libertad, de la paz, de la justicia de la felicidad humana; y por ende la esperanza, el refugio, la escuela, el taller, el agro y el hogar del hombre libre, doquiera que venga, toda vez que no ataque ni socave sus instituciones, ni su seguridad intercontinental con la actitud y violencia que las pasiones subalternas, la traición y la ventolera trágica, agresiva y sangrienta de los imperialismos en boga, lo hicieron a vuelo masivo y razante sobre la cultura Europa que hoy yace esclavizada y enloquecida...

Bolívar se dió en vida, por modo absoluto y constante a su ideal redentor americano; fundió y unificó en su ser la vida, los destinos—(entonces convulsos y ahora en superación jurídico-política)—de nuestros pueblos emancipados de la Metrópoli rezagada. Otro tanto hicieron sus émulos de más fuste General don José de San Martín y José Martí, el americanista redentor; sus lugartenientes de la talla de Ricaurte, Rivas Urdaneta, Anzoátegui, Páez, Torres, Campos Elías, Miller, Silva, Córdoba y Sucre; y sus centauros venezolanos que regaron con su sangre y con sus huesos todos los campos de batalla de la Gran Colombia, del Perú y de Bolivia. Por eso cuanto se diga de aquél y de éstos que voluntaria y estoicamente juraron y sacrificaron su vida al servicio de la patria de la justicia y de la libertad, es poco.

Nunca será demás la evocación histórica de tan egregias figuras, creadores del Estado y de la personalidad nacional e internacional de nuestra América; ni serán suficientes las palabras precisas, justas y ponderadas del orador, del escritor, del crítico o del historiógrafo para encarecer y sublimar ante el mundo los

Caballeros:

sus vestidos de casimir

Señoras y Señoritas:

sus abrigos a la medida o sus vestidos de estilo sastre, sólo la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

podrá complacerlos; única especializada en esta clase de trabajos.

HAGA UNA VISITA Y SERA BIEN ATENDIDO

Frente al Teatro Variedades

TELEFONO 3283

Sucursal en CARTAGO: 50 vs. al Norte del Teatro Apolo.—Sucursal en HEREDIA: frente al Teatro ASTRAL.

merecimientos patrióticos y la obra ingente de tales héroes; y en particular las tribulaciones y martirios morales y físicos que sufrieron Bolívar y Martí, con voluntad indomable que los inmortalizó y que les dió perfiles y categoría de "Libertador" al primero y de "Apóstol" al último.

Conviene, pues, que todos mantengamos vivo y creciente el uncioso culto cívico a Bolívar, Sucre y Martí, estudiando ahincadamente sus vidas ejemplares e imitando su desprendimiento, su constancia, su valor, su probidad moral e intelectual y su absoluta e indeclinable lealtad para con el ideal patriótico y político que sirvió de norte y de guía a sus múltiples actividades y a sus genios protéticos, legítimamente ambiciosos

Honremos al Libertador como a genio tutelar de nuestra América: que su radiante gloria de redentor y de hombre universal nos enaltezca sin cesar, de generación en generación: y que su personalidad de patriota, militar y estadista sea símbolo y aglutinante de la libertad y unión iberoamericana cual lo preconizó un poeta español en los magníficos versos que le consagró:

Bolívar:

"Basta tu nombre solo para evocar grandezas; nombre de luz, que dice la más épica hazaña; y une con dulces lazos de ínclita fortaleza y gloria de la América y la gloria de España.

Raza de sol, saluda cuando a Bolívar nombres, un himno le preceda de paz y bendición; es el héroe más grande que miraron tus
(hombres desde los claros días de Cristóbal Colón".

JOSÉ ANGEL RODRÍGUEZ

Estelí, Nicaragua, 14 de abril de 1942.

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para que Ud. realice este sano propósito:

AHORRAR

Dr. E. GARCIA CARRILLO

ELECTROCARDIOGRAMAS

METABOLISMO BASAL

RADIOSCOPIA

CORAZÓN - APARATO CIRCULATORIO

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TELÉFONOS: 4328 y 3754

El libro y la vida

(De *El Tiempo*. Bogotá, junio 22 de 1942.)

Se hacen ahora exposiciones del libro patrocinadas por los gobiernos y por asociaciones particulares. Ningún otro modo de protestar hay más vivo que este contra las olas de barbarie en que han perecido por centenares de toneladas las palabras del sabio, del poeta, del hondo o sencillo narrador, del filósofo o del experimentador. No siempre tuvo enemigos el libro. En la antigüedad, antes de la invención de la imprenta, su misma escasez le ganaba el respeto y la admiración de las gentes; destruirlo era una superfluidad criminal, porque siendo pocos y muy codiciados por los hombres de estudio y por los negociantes se eliminaban fácilmente con el simple uso. Pero desde que hubo guerras de religión y surgió la intolerancia como régimen de gobierno de las almas, el libro fue el primero en sufrir las consecuencias del contraste entre la fe y la experiencia. Omar no fue un autor sino un instrumento de un orden de ideas lastimoso, que había de adueñarse de los espíritus merced a otras enseñanzas bajo otras constelaciones. En los tiempos más probados de la edad media el libro fue motivo de veneración y de arduas pesquisas. En su busca peregrinaban el monje y el estudioso laico de un extremo a otro de la Europa cristiana. El libro fue el origen de la universidad. Alrededor de un hombre que en París gozaba en calma de la posesión de un libro se reunían los ávidos de saber como alrededor de un espíritu privilegiado. El tártaro, el escita, los bárbaros del cercano oriente corrían en busca del que en Boloña era dueño de un encantado pergamino por cuya superficie habían pasado los dedos curiosos e ilusionados de un autor griego. Alrededor de un libro, en la edad media, nació la universidad, como alrededor de unos troncos de leña encendidos surgió en las cavernas una civilización.

Pero en los tiempos modernos ha habido siempre una conjura contra el libro. En el siglo xix en Europa y América había pira todavía para brujas y herejes, mientras iba desapareciendo el auto de fe para los libros; pero la prevención moral contra este vehículo irremplazable de la cultura no había desaparecido. El autor de estas líneas recuerda cómo en cada clase social, en cada grupo de profesionales se hacía sentir la animadversión contra la letra impresa y encuadernada. El profesor de matemáticas condenaba a las tinieblas exteriores todas las novelas presentes y pasadas. Cuidado con los versos, recomendaba el comerciante a los padres de muchos hijos. Para el naturalista la historia del hombre era una sucesión de tentativas más o menos felices de tergiversar la verdad en favor de ciertas ideas, de monarcas ineptos, de generales iletrados y vagabundos. No se quemaban ya libros a mediados del siglo xix, pero estaba lleno de enemigos tan eficaz instrumento de divulgación y enseñanza.

Otras gentes nos prevenían a los jóvenes de aquel tiempo contra el vicio de la lectura. Desventurado del hombre que llegara a ad-

quirir el hábito de leer sin descanso. Estaba perdido para todos los menesteres de la vida real. Se le tenía por incapaz de comerciar, de sembrar trigo, de engordar aves y cerdos, de aprender a hacer zapatos. El hombre dado a los libros era, para las gentes de sanas ideas, incapaz de ponerse en contacto con la vida práctica. Y los hombres de ideas sanas son por lo regular, aquellos que no tienen ningunas.

Todas estas preocupaciones y todos estos temores son infundados cuando existen. En muchos casos el hombre que calumnia los libros es un desventurado que no los entiende, y como son muchos los que padecen de esta flaqueza han acabado por reunirse en campaña contra las obras de los escritores. A quienes leen mucho y con entendimiento los llaman de espíritu libresco y con eso pretenden desacreditarlos para siempre. El sentimiento de los que condenan al lector impertinente como hombre carente de sentido práctico no es otro que la envidia. Detestan el pensamiento de que haya personas a quienes el libro pueda causarles impresiones tan gratas como las que ellos derivan del uso del licor o de las peleas de gallos.

A pesar de todo, el libro señala el rumbo de la civilización. La actitud de cada edad frente a los libros es el índice más seguro del nivel de cultura a que los hombres han llegado en ese tiempo. En el siglo xv los quemaban serenamente y después de un juicio más o menos serio. Recordemos lo que fue el siglo xv. Ahora se queman libros en Alemania. Queman y proscriben libros en España. Innumerables autores han salido de Italia porque allí no se los deja publicar sus libros. Van a otros países, aprenden lenguas extrañas para poder comunicar a sus semejantes el resultado de sus meditaciones o de su experiencia. La posteridad juzgará por estos hechos a algunos pueblos semicivilizados del año cuarenta y dos del siglo veinte.

El libro es el termómetro de la civilización, dicen algunos. El presente escritor afirma que el libro es toda la civilización. Suprimase el libro de la historia humana, suprimase la influencia del libro sobre las acciones de los hombres y no quedará sino el hombre primitivo. En rigor el hombre es hombre desde que inventó la manera de expresar su pensamiento por escrito. Las civilizaciones extrañas a la escritura son a lo más, objeto de investigaciones de parte del hombre que hace libros.

Todavía me resuenan en las bóvedas del recuerdo las palabras de gentes cuerdas que



me prevenían contra los peligros de la lectura en exceso. Nunca he leído con exceso. Cuando estoy dormido no leo, de ordinario. Los libros me han enseñado las pocas cosas que no ignoro. A ellos les debo la escasa medida de éxito lograda en una existencia llena de peligros y rodeada de asechanzas. Un tanto apartado de los hombres por necesidad y por temperamento, en el libro he aprendido a conocerlos. Los libros me enseñaron a amar con lealtad a mis amigos y a escurrir el bulto al paso de los aventureros. Pero si los libros fueran útiles solamente no llenarían el papel maravillosamente civilizador que han desempeñado en la historia. El libro inútil es un libro adorable. ¿Para qué sirve la Divina Comedia? ¿Qué fin práctico llenan las poesías de Leopardi, el diario de Amiel, los cuentos de Chekov? Las cosas inútiles llenan en la vida espacios infinitamente vacíos cuya existencia sola amenaza la realidad del mundo. ¿Qué sería del hombre si no existiese el libro? En la ilimitada región del aburrimiento, quién podría hallar su camino si no estuviesen allí los libros para señalarlo. ¿Para qué sirven las cosas inútiles? Un inglés práctico entró una vez al escritorio de Lecky, el historiador de la civilización en Europa, y halló al irlandés resolviendo un problema de geometría. "Eso no sirve para nada", dijo el visitante asombrado de que un escritor de altas dotes se ocupara en ejercicios ajenos a sus ordinarias frecuentaciones mentales. "Si sirviera para algo", contestó Lecky, "no merecería la atención diaria de que lo hago objeto".

Cuando en Europa queman libros por toneladas, proscriben escritores, le cierran el paso a la letra de imprenta, convierten los tipos en proyectiles y la prensa y el rodillo en humildes agentes de ocultación o desfiguración de la verdad, en América estamos en la hora del libro. Podemos esperar.

B. SANÍN CANO

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

Suscríbase a estos cuadernos
por medio de

LIBROS PUBLISHING INC., CO.

171 MADISON AVENUE
New York, U. S. A.

La ventura de América El plan de Stassen

(Es un recorte. Envío de Roberto de la Selva, México, D. F., 10 julio, 1942).

Sumner Welles, oficial y públicamente, ha declarado la voluntad de su gobierno de que, una vez derrotado el eje, siga un período de duración indeterminada, más bien larga que corta, de *enfriamiento* para que se reorganice el mundo lo más deliberadamente posible.

Durante ese período, advierte Mr. Welles, las Naciones Unidas emplearán sus victoriosas fuerzas para fines de policía—orden y buen gobierno—en el mundo.

Después del 11 de noviembre de 1918 cada país triunfante se dió prisa para separarse de sus aliados y obtener para sí las mayores ventajas. La conferencia de paz de Versalles fue sólo superficialmente una reunión de representantes de países unidos para tratar con un enemigo derrotado. En el fondo fué un duelo múltiple entre estadistas ambiciosos, empeñados en hacer predominar su egoísmo nacionalista.

Wilson, que había llegado a Europa todavía con el prestigio de salvador de la democracia y vocero de la conciencia moral de la humanidad, se encontró en Versalles con individuos a quienes nada importaban ni la humanidad, ni la moral, ni la democracia, sino sólo el engrandecimiento de sus respectivas naciones, así fuese a costa de otros pueblos y de todos los ideales del estadista norteamericano.

Se transó entonces con el egoísmo nacionalista, creyéndose que serviría la Sociedad de las Naciones de instrumento para ir creando una conciencia universal de responsabilidad colectiva. Pero la institución de Ginebra fué copia del modelo de Versalles. Los egoísmos nacionalistas predominaron en ella. Fracasó, porque fue propicia sólo para que las potencias más fuertes jugaran en su seno a la duplicidad.

Se ha culpado a los Estados Unidos por no haber formado en la Sociedad de las Naciones. Osado sería quien afirmase que hubieran hecho mejor papel allí que en Versalles. Más justo sería pensar que en Ginebra habrían servido para encubrir las miserias europeas. Papel bastante feo representaron prestándose a la guerra que se le hizo a Rusia.

La verdad parece ser que, después del armisticio, Alemania dejó de ser el enemigo, para serlo Rusia, y no cabe duda, los Estados Unidos también.

La idea de una Alemania sacrificada, humillada, mártir, es falsa. A Alemania la ayudaron todas las naciones, sagazmente unas, torpemente los Estados Unidos, para destruir a Rusia y para deshacer a los Estados Unidos mismos. Los *carteles* europeos a esto tendían, y de ello vienen convenciéndose los Estados Unidos; a esa maniobra se deben la estupenda fuerza alemana, la igualmente estupenda impreparación norteamericana.

Los Estados Unidos vienen, en los últimos seis meses, conquistando la supremacía industrial del mundo. La tenían perdida. Alemania ha demostrado que, derrotada en la guerra, ganó la paz. Su superioridad en todo sentido material es lo que le ha valido para mantenerse aún ahora en actitud de amenaza para todo el mundo. Los más conscientes dirigentes de las democracias nos advierten que la derrota de Alemania está lejos todavía.

Por las Naciones Unidas capaces de realizar lo que Mr. Welles plantea, debemos entender sólo a China (si acaso), a Rusia, a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos. Los demás países quedarán—están ya—destruidos a tal punto, que harto tendrán con ponerse a reconstruir

su casa propia; o bien son, como los latinoamericanos, demasiado débiles para poder prestar fuerza efectiva.

Aun así reducidas en su número, las Naciones Unidas competentes para la tarea que les asigna Mr. Welles tienen entre sí tales diferencias básicas, tan enormes divergencias, sustanciales, que no sería remoto que al sobrevenir la paz cada quien tome rumbo diferente, importándoles aún menos los discursos de Mr. Welles que antaño los del Presidente Wilson.

En los propios Estados Unidos puede surgir un nacionalismo semejante al que los separó de sus aliados después de la última guerra, el nacionalismo que encarnaron los enemigos de todo lo que Wilson significaba.

Ya andan individuos como el mayor Ennals Waggaman, comandante en jefe de la Orden de la Guerra Mundial, apoyado por esa organización como por el notorio Martin Dies, y por asociaciones del tipo del "Club de los Leones", predicando que "debemos, por supuesto, ayudar a nuestros aliados, pero guardarnos más que nunca de que ideologías extrañas se nos cuelen dentro del país".

Para abolir a tiempo el riesgo de que se repita el error que fué el Período de Estupidez de 1919 a 1940, el gobernador de Minnesota, Harold E. Stassen, reconocido como uno de los

SALOMÓN DE LA SELVA

Intenciones

(En el Rep. Amer.)

Acción de gracias

Jusef Al Hasam, joven árabe de espíritu aventurero, emigró de su país natal para venir al continente americano en busca de fortuna. Con su buena suerte y profunda fé en la protección de Alá, logró formar un regular capital en pocos años. Todas las mañanas al despertar se arrodillaba y besando tres veces el suelo con profunda reverencia decía: Gracias te doy ¡oh Alá el Grande, el Todopoderoso!, por haberme hecho hombre. Gracias también por mi buena salud y mi magnífica estrella.

Pasado algún tiempo, Jusef comprendió que su riqueza no era suficiente para hacerle feliz y quiso casarse. Casa y muebles anticipados a la prometida. Después de una búsqueda minuciosa, su elección recalcó en Saida, bella muchacha de alma oriental, morena y ardiente como toda hija del desierto. Jusef Al Hasam, con sentimientos árabes, creía en la superioridad de su sexo. Toda mujer, pensaba, debe estar contenta, cuando un joven de buena posición económica se quiere casar con ella. De ahí que ni por un momento se imaginara que la hermosa muchacha pudiera contestar negativamente a su petición. Habló primero con los padres de Saida, enumerando todo cuanto poseía, la conveniencia de la afinidad racial, y por último, de su amor por la linda joven. Ellos le oyeron complacidos. Saida fue llamada. Sin vacilar vino la respuesta. No, no me pienso casar con un hombre como Jusef Al Hasam. El joven árabe tardó algo en salir de su estupor. Luego, molesto y sorprendido, se despidió.

Al día siguiente como de costumbre recitó su oración de la mañana: ¡Oh Alá el Grande, el Todopoderoso! Te doy una y mil veces gracias por haberme hecho hombre, del sexo de claro entendimiento...

principales dirigentes del Partido Republicano, propone que se forme de inmediato una federación de pueblos sobre bases democráticas, con respeto inviolable de la soberanía de las naciones, conforme con los lineamientos generales de la federación norteamericana.

El momento es oportuno. Dejarlo pasar sería, considerándolo bien, un crimen de lesa humanidad. Ahora, bajo la amenaza de muerte que son los Estados Unidos, las naciones en guerra que dicen defender la democracia están en disposición de unirse.

El *enfriamiento* que propone Mr. Welles, lo será también de esa espléndida voluntad de cooperación que ahora impera.

Con autoridad que dé un Congreso Federal Internacional, puede y debe crearse ya la policía que ha de servir conforme lo declara Mr. Welles. Puede y debe crearse el Código de Derecho Internacional, en que encarne el sentido moral del hombre civilizado. Puede y debe crearse la Suprema Corte Internacional que interprete ese Código y tenga, para hacer cumplir sus decisiones, esa fuerza armada.

La única alternativa es que se vuelva al nacionalismo egoísta, a la persecución de "ideologías extrañas", a la ley del más fuerte hasta que no se le pueda soportar más y se rebelen contra él. Así se incubó esta guerra que, en resumidas cuentas más que guerra es rebelión, es guerra civil, es un movimiento contra el nacionalismo egoísta. Todo triunfo será falaz si no resulta en un internacionalismo generoso y formal.

Si no me concierne, no pienso

En un comedor se encontraron un liberal, un maestro, un cura y una mujer. De sobremesa, el primero se refirió a tema de actualidad: Roosevelt y su obra. Dijo también, de su admiración por hombres honrados, de fresco entendimiento, como Abraham Lincoln y Jorge Washington.

El maestro, costarricense y patriota, habló de la bella labor de Omar Dengo, se conmovió de su desaparición a temprana edad y de la indiferencia con que hoy se menciona su nombre. Alabó la entereza de ánimo de don Cleto González Víquez, su ecuanimidad ante los sucesos del Bellavistazo, y los sabios reportajes de don Ricardo Jiménez.

El cura escuchaba en silencio toda esta alabanza de hombres a su juicio de poco valer, si se les comparaba con San Ignacio de Loyola, San Basilio, o San Juan Crisóstomo. Habló además del celo bien fundado que ponía en la defensa de su religión, y de la ignorancia en que se venía sumiendo el mundo cada vez más. La palabra "ignorancia" tuvo aquí diferente significado para cada uno e hizo que la conversación tomara sesgos demasiado acalorados para la ocasión. Intervino la mujer, dueña de la casa, y entonces el cura creyó prudente exponer la gran delicadeza con que la Iglesia ha tratado a las mujeres. Por ella han sido colocadas en su cetro de reinas. dijo. Si no, oíd: El hombre fue creado para gloria de Dios, la mujer para gloria del hombre.

El ánimo de los varones se aclaró, y el liberal y el maestro, admiraron entonces la sabiduría del sacerdote.

VERA YAMUNI

Alajuela, Costa Rica,
setiembre de 1942.

José Victorino Lastarria

Americanista doctrinario y de acción

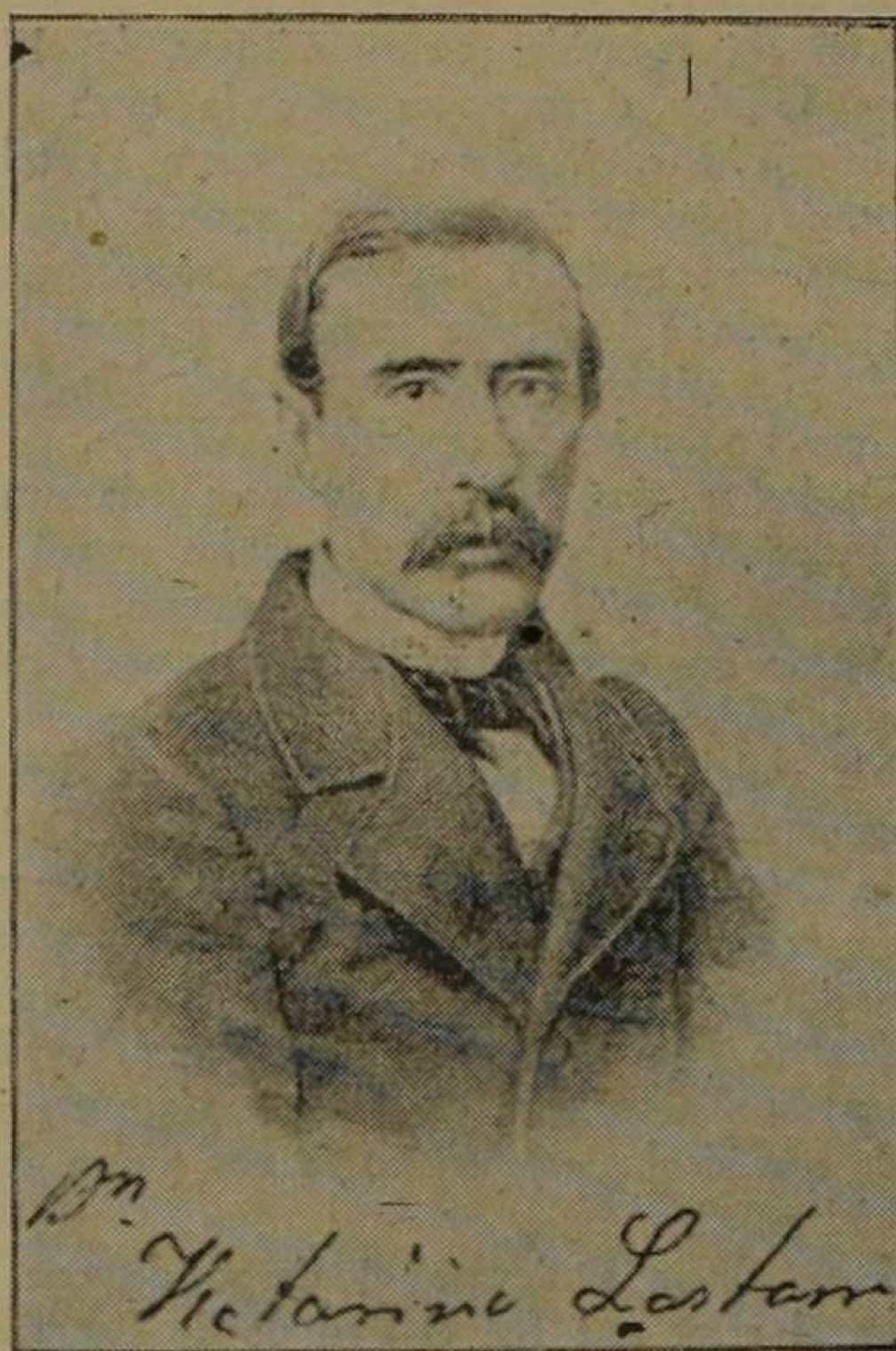
(Es un recorte de *El Mercurio*, Santiago de Chile.—Envío del autor).

En la hora actual en que el sentimiento americanista se está generalizando en todas las clases sociales de América es de justicia recordar a los primeros adalides de este ideal. Entre ellos, sin duda alguna, ocupa un lugar destacadísimo, el ilustre chileno don José Victorino Lastarria.

Como guatemalteco, quiero contribuir, aunque sea modestamente, al homenaje a Lastarria que la hermana República Argentina le rindiera recientemente con motivo de la inauguración de su estatua en uno de los principales parques bonaerenses.

En Centroamérica, Lastarria es muy conocido y admirado. Muchas generaciones hemos nutrido nuestro espíritu a través de sus luminosas obras jurídico-políticas. Allí, como en toda América, tiene discípulos, que aprovechan sus fecundas enseñanzas, pero es en estos momentos que la figura de Lastarria adquiere contornos continentales, por su amplia visión tocante a todos los problemas de América. Es el primero en el continente colombino que de una manera científica profundiza con aguda mirada los males de Iberoamérica y propone, a su vez, los remedios para curar esas dolencias. Casi simultáneamente con la aparición de la Sociología como ciencia, el señor Lastarria utiliza sus principios para aplicarlos a sus investigaciones históricas. Con ello, da en su país una nueva orientación a los estudios históricos. El rompe con los antiguos y caducos métodos, ante el asombro de los viejos historiadores de su patria y de América toda. Es un revolucionario, es un reformador. Su ciencia no se limita, como otrora, a la simple narración de los hechos. El no hace historia, hace filosofía de la historia. Sus investigaciones no buscan efectos, antes al contrario, van directamente a las causas que los producen. Su sociología no es teórica, sino aplicada. Sus conclusiones son de orden práctico e inmediato. En su afán de investigar la raíz de los males político-sociales que padece su patria, llega a la conclusión de que no es un mal local de Chile, sino general a toda la América española. Después de mucho estudiar, observar, ahondar, meditar, encuentra la clave de la tragedia histórica de Hispanoamérica. El mal tiene su origen en el sistema monárquico español, cuyos arbitrarios procedimientos heredaron estos pueblos. He ahí la raíz del mal, exclama convencido. El no ataca al nobilísimo pueblo español del cual descende, solamente se concreta a atacar el sistema monárquico, al que le atribuye todos los males que sufre España y los pueblos que ella dejara en América. La base de ese sistema—decía—descansa en "la esclavitud del espíritu".

Y respecto a la causa que originó la independencia de la América hispana sienta la conclusión siguiente: "La emancipación del espíritu es el fin de la revolución hispanoamericana, que se inició proclamando su independencia, y el principio contrario, es la base de la civilización española".



Y a propósito del origen de las guerras civiles que han ensangrentado al suelo de nuestra América—dice Lastarria—no tener otra causa que la pugna entre la civilización monárquica española (representada ésta por las clases reaccionarias de América) y la civilización democrática hispanoamericana. En otras palabras, es la lucha de los pueblos hispanoamericanos contra el despotismo del pasado.

Lastarria no tan sólo predica un americanismo doctrinario, sino, llegado el caso, actúa en forma eficaz en defensa de los intereses continentales. Veámos solamente dos ejemplos.

El 14 de abril de 1864, una escuadrilla española se apodera de las islas peruanas de Chincha y las reivindica a nombre de la corona española.

Lastarria al tener conocimiento de este suceso eleva una petición ante la Cámara de Diputados de Chile y en ella pide que se forme un Congreso de Plenipotenciarios americanos para defender a la nación hermana ultrajada en su soberanía.

Otro grave acontecimiento, hace de nuevo oír la autorizada palabra de este ilustre chileno, en defensa siempre de los derechos americanos. Se trataba del reconocimiento de Maximiliano de Habsburgo como Emperador de México. Lastarria, fiel intérprete del alma americana, presenta en la Cámara de Diputados de Chile un proyecto de ley, el cual entre otras cosas, decía: "Cuando los traidores y traficantes por una parte, y los pusilánimes y ciegos por otra, baten palmas saludando el imperio austro-mexicano, que cree ser y es órgano de dignidad y de la libertad de un

continente, dijese: no reconozco ese imperio que siendo el fruto de la traición y el despotismo viene a atentar contra nuestra patria, la América y contra nuestro dogma, la Democracia".

Esta declaración que honra en extremo a Chile, por su alto espíritu de solidaridad continental, fue aprobada por la Cámara de Diputados y recibida con general beneplácito por todas las repúblicas americanas.

Era la voz de Chile que protestaba virilmente contra la intervención europea en nuestro continente. Era la voz de América que hablaba en labios del gran Lastarria.

El imperialismo de la Europa desilusiona hondamente a Lastarria, y, en lo sucesivo sus miradas se dirigen tan sólo a su América. De hoy en adelante, le dice a los hispanoamericanos, solamente tenéis un ejemplo digno de imitar, el de los Estados Unidos. Oigamos su profesión de fe al respecto: "El siglo xx, que debía de encontrar extenuadas las fuerzas militantes de la democracia europea, venía a encontrar triunfante su causa en una vasta comarca del Nuevo Mundo. Ese era el único punto luminoso que brillaba en el tenebroso horizonte de la Humanidad. El resto de la América, la Europa, el Asia y el Africa sustentaban millones de seres abyectos encorvados bajo la planta de sus amos. El género humano era el patriotismo de la fuerza y de la ignorancia, que se dividían su imperio. Los pueblos no conocían sus altos destinos, carecían de sus derechos y continuaban en silencio su marcha, arreados por el látigo de sus dueños. Uno sólo glorificaba al Ser Supremo, mostrándose digno de los dones que el ser inteligente recibió de sus manos; uno sólo había comprendido sus elevados fines y quería realizarlos; ese pueblo glorioso, ese pueblo que resumía en sí los derechos y los privilegios de la Humanidad entera, estaba en la América del Norte y se llamaba Estados Unidos". "Su forma era la república democrática. Su espíritu ¡la libertad y la independencia!"

La figura prócer de Lastarria debe ser glorificada en toda América. En cada uno de nuestros países debe erigirse una estatua que perpetúe su memoria y sea un ejemplo vivo y edificante, para las presentes y futuras generaciones americanas.

Sus enseñanzas son fecundas y de permanente actualidad. Utilicémoslas, que es la mejor manera de venerar su memoria y de ir formando una conciencia americana.

RICARDO CASTAÑEDA PAGANINI

CUADERNOS AMERICANOS

(La Revista del Nuevo Mundo)

Publicación bimestral.

Apartado Postal 965.

México, D. F., México.

Suscripción anual:

(6 números)

3 dólares.

El ejemplar: 0.60 dóls.

Suscríbase a REPERTORIO AMERICANO

La Revista de amplio tiraje en el interior y de una estratégica distribución geográfica y cultural en el Continente.

Las firmas reputadas y las nuevas firmas de América. Cuaderno del pensamiento vivo américo-hispano, en Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.

Rigoberto Cabezas

Por Pío BOLAÑOS

(En el Rep. Amer.)

Dos aspectos bien definidos presenta la vida activa y laboriosa de Rigoberto Cabezas Figueroa. Fundó el primer diario en Nicaragua, y reincorporó al territorio nacional extensa zona de terreno en la Costa Atlántica que, por más de un siglo permanecía bajo el dominio de una autoridad ridícula, protegida por el Gobierno de la Gran Bretaña. Nació en 1860 en Cartago, Costa Rica, de padre nicaragüense y madre costarricense, perteneciente ésta a la noble estirpe de los Figueroa, hija del doctor Eusebio Figueroa, notable hombre público costarricense. Se educó en su ciudad natal, en el Colegio de San Luis de Cartago, y en el año de 1870 figura su nombre entre los alumnos de ese centro que sostienen exámenes públicos, celebrados al terminar el curso académico. Entre los condiscípulos de Rigoberto Cabezas están Cleto González Víquez, Juan José Ulloa Giralt, Rafael Iglesias Castro, Aníbal Santos Aguirre, José Cabezas Bonilla y Ricardo Jiménez Oreamuno, este último el único que aún vive. Todos ellos ocuparon altos destinos en la administración pública y sus nombres figuran con merecido honor en las páginas de la historia contemporánea de Costa Rica. Cabezas Figueroa hará figurar el suyo, con iguales méritos a los de sus compañeros de Colegio y tendrá por teatro de sus hazañas Nicaragua, su segunda patria. Su cultura es netamente costarricense. Su talento, sus conocimientos y sus energías las empleará en labor patriótica en favor de la tierra de los lagos.

A consecuencia de una dificultad que tuvo don Diego Cabezas, padre de Rigoberto, con el gobernador de Cartago en 1880, señor Rafael Oreamuno a quien hizo unos disparos de revólver, fué procesado don Diego. Lo defendió el licenciado Antonio Zambrana, emigrado cubano que después de firmada la paz del Zanjón llegaba a radicarse en Costa Rica.

La defensa que del indiciado hizo Zambrana fué su primer asunto ante los tribunales del país; y su alegato considerado como una pieza de alto valor jurídico, sirviéndole ese trabajo profesional para abrirle las puertas del foro costarricense hasta llegar después a ser magistrado de la Corte, maestro en la Escuela de Derecho, aplaudido orador y consejero de los gobiernos de este país que tan generosa y cariñosamente le habían otorgado un asilo. Con motivo de estas dificultades la familia Cabezas se trasladó a vivir a Masaya, Nicaragua.

En el vigor de la juventud y antes de abandonar Costa Rica en 1880, a la que ya no volvió más, Cabezas hizo sus primeros ensayos en la prensa. Sus vehementes artículos iban enderezados a criticar al régimen de aquella época; más las autoridades no toleraban entonces esas posturas en la prensa, y, en consecuencia, el novel escritor fué consignado a San Lucas, en castigo de su atrevimiento. Privado por primera vez de su libertad—lo será varias veces durante su vida por sus actividades de prensa—escribe, desde su confinamiento, páginas en estilo romántico, ofreciendo en esos primeros destellos de su indignación, consagrarse a las luchas de la libertad de pensamiento y a las del imperio de la justicia. Andando el tiempo cumplirá ese voto de juventud, y al par que ofrendará su sangre por esos principios, tendrá días de exaltación patriótica y le



Rigoberto Cabezas

llegarán también los del calvario. De temperamento combativo, pero a la vez constructor, realizará sus grandes proyectos, porque tiene dentro de sí alma viril y las calidades de su talento y de su honor, lo harán sobresalir en las actividades que emprenda en el correr de la vida.

Llega a Granada el año de 1884 y funda el *Diario de Nicaragua*. Es ésta la primera hoja diaria que aparece en el país. Servirá ella para estimular la aparición de otras más y para que el periodismo nicaragüense se desenvuelva con más vigor que el tenido hasta la aparición de ese primer diario.

Cabezas exhibirá en su novel empresa sus indiscutibles capacidades de organización y de amplias miras. Le acompañan a su llegada a la Sultana del Gran Lago, como se le llamaba entonces a Granada, —dos bohemios amigos suyos: el ingeniero guatemalteco, coronel José Montúfar, caballeroso, varonil, aficionado a los duelos—ya había tenido el suyo—y que un cuarto de siglo después rendirá la vida peleando en un campo de batalla centroamericano; y Rodolfo Rohrmoser, miembro de apreciable familia costarricense, alegre bohemio trashumante que tendrá a su cargo la administración del periódico. Pero Rohrmoser no vivió mucho tiempo: la fiebre amarilla que azotaba entonces la ciudad se lo llevó en pocos días como ocurría con individuos de clima frío que visitaban la Sultana de aquella época.

Por su parte, Cabezas encuentra en Granada una brillante juventud, rica, culta, recién llegada de Europa, donde había hechos sus estudios. Este grupo lo recibe con cariño y entusiasmo, tanto por sus dotes sociales, como

por su inteligencia. Gozaba entonces la Sultana del Gran Lago de una brillante posición como que en esa fecha había alcanzado el apogeo de su hegemonía política, cultural, económica y social en el país. La ciudad era el centro a donde convergían las miradas de las otras poblaciones nicaragüenses, por contar ella con hombres experimentados en la dirección de los negocios públicos, y, además, con fuertes capitales invertidos en empresas en todas partes del mismo. Entre esa gente y en ese ambiente cariñoso que le acogía, Cabezas inició sus primeras actuaciones de periodista y de político.

Escribía los editoriales con asidua laboriosidad y estilo novedoso. Las frases de su prosa revelaban rara elegancia e inquietud, matizadas de imágenes vigorosas que provocaban la admiración de sus lectores. Comentaba los problemas diarios con destreza, examinándolos a la luz de su propia y juvenil independencia de criterio. Mas su resuelta actitud no fué bien vista por el círculo de viejos políticos: las momias como les llamó una vez el mismo Cabezas. Este grupo veía en el periodista de *Diario de Nicaragua* un elemento audaz que abría campaña desde sus columnas para apartarlo de la dirección de la política, dirección mantenida sin oposición, desde hacía más de veinticinco años.

Verdad es, que la gestión de esos hombres había contribuido al implantamiento de buenas instituciones, y sacado al país, del caos de las guerras civiles al de la paz, pero sujetando esta política a viejas normas; y Cabezas y el grupo que lo alentaba ansiaban entrar ya en un período de renovación de la vida nacional. El grupo de viejos políticos, en cambio, intransigente y aferrado al pasado no pensaba entregar todavía la dirección que ejercía, y buscó el medio de silenciar al periodista revolucionario, y como dueño de la empresa tipográfica donde se editaba el *Diario*, apretó sus cordones y la empresa necesariamente se ahogó. El *Diario* vivió solamente cuatro meses.

Los amigos granadinos de Cabezas levantaron una suscripción para pedir una nueva tipografía a los Estados Unidos, a fin de que el *Diario* continuara viviendo con entera independencia. El Presidente Cárdenas, que regía en 1884 los destinos de la nación, hizo fracasar ese proyecto y expulsó a Cabezas declarándolo *extranjero pernicioso* antes de que la nueva tipografía llegase a Granada; el primer diario fundado en Nicaragua cesó de existir.

Es éste el segundo obstáculo que Cabezas encontró en sus empeños por la libertad de imprenta; pero no desmayará ni se detendrá en su camino.

Se traslada a Guatemala a juntarse con los otros liberales nicaragüenses expulsados del territorio como lo fué el mismo, sindicados de trastornadores del orden público. En esta nueva peregrinación va a encontrar, por tercera vez, nuevo obstáculo a su labor de periodista, que le causará otro atropello.

Sobre las molestias que sufrió Rigoberto Cabezas en Guatemala, demos la palabra a don Enrique Guzmán, amigo y coreligionario suyo de 1885, quien lo relata con todos sus pormenores. Escribe Guzmán en su *Diario Intimo* de 1884: "Julio 27.—Prisión de Rigoberto Cabezas. Sé la noticia por Saturnino Gámez que parece contento. Voy a la comandancia de armas. Camilo Álvarez dice que no

sabe dónde está el preso, pero manda a averiguar su paradero y, le dicen que se halla en la Estación de Policía de Santa Catarina. Allí me dirijo, pero no logro verlo."

Julio 28.—"Acabo de saber que han sacado a Rigoberto para Quezaltenango, montado en una mula y con escolta de 25 soldados. Dicen que va a la penitenciaría de aquella ciudad. Esta noticia me pone nervioso. Hacen regresar del camino de Quezaltenango para volverlo a sacar horas después a pie y amarrado. Esto me indigna y apenas puedo disimular mi enojo. Todo Guatemala acusa a Gámez, Julio, y don Chico de las desgracias que han caído sobre Rigoberto". (1)

A Cabezas le castigaba de esa manera el presidente de Guatemala, General don Manuel Lisandro Barillas, por haber escrito un artículo abogando por el restablecimiento de las liber-

tades públicas que permanecían, desde el régimen anterior, suprimidas.

Después de esta penosa experiencia en Guatemala logra Cabezas escapar a México; pasa a Nueva York y llega a La Habana; y por último en 1890, regresa a la casa de sus padres en Masaya. Desde su nuevo arribo a Nicaragua emprende trabajos agrícolas en el departamento de Chontales, y en ellos se encontraba cuando un suceso trágico afecta a su familia. Su hermano Diego, de 18 años de edad, mata a otro en un duelo. Se le instruye causa criminal y Rigoberto defiende a su hermano y lo hace con las capacidades de un letrado. El proceso se convierte en el asunto más sensacional de esos días, y la prensa toda, conservadora y liberal, se muestra favorable al acusado. Mas la influencia local que la familia del muerto ejerce en la ciudad de Masaya, se pone en juego, y no obstante la prueba ofrecida por el defensor que es favorable al reo, el jurado lo condena.

El país, por otra parte, presenta síntomas alarmantes de inquietud, debido a los procedimientos gubernativos. Se desata de 1890 a 1893, una formidable oposición al gobierno del doctor Sacasa. La prensa no censurada todavía, truena contra los desmanes del poder;

y Cabezas toma su puesto para luchar en favor de las corrientes de opinión pública que adversan al Presidente Sacasa, llamado *El Palomo*, por su carácter bonachón y su afecto al hogar. Escribe, desde Masaya, correspondencias de carácter político, atacando a uno de los grupos que rodean al gobernante. Por medio de sus escritos logra hacer caer de sus puestos, al Ministro de Hacienda, a quien los opositores bautizaron con el mote del *Manchado*, y al Subsecretario de la misma cartera, Félix Romero.

Hablando Cabezas sobre este incidente, dice:

"El Presidente Sacasa, que a nadie repudiaba, sintióse bastante para hacer ir escalones abajo a aquel círculo incapaz de tener siquiera las indignaciones del amor propio". (2)

El círculo político a que Cabezas se refería, era el llamado *iglesiero*, formados por elementos granadinos. Romero, uno de sus corifeos y víctima de los ataques de Cabezas, le cobrará más tarde a éste su ignominiosa caída del gobierno.

La situación del gobierno del doctor Sacasa se hace cada día más difícil y los atropellos contra sus opositores se intensifican. Hay un estado de efervescencia que presagia la tempestad. Ya han sido extrañados del país casi todos los jefes de ambos partidos que dirigen la oposición al Gobierno. En abril de 1893 estalla la revolución organizada en Granada por los dos históricos partidos. Cabezas toma parte en ella al lado de sus amigos liberales.

Como jefe, asalta y toma el cuartel militar de Boaco, en el departamento de Chontales, y cae seriamente herido en la refriega. Es trasladado a Granada para su curación, y es en esa fecha cuando tuvimos contacto con él. Sentado en una silla de ruedas a causa de la herida recibida en una pierna que le impedía caminar, se situaba todas las tardes en el zaguán de la espaciosa casa de la familia Lacayo.

Se formaba allí una tertulia de amigos suyos, y de unos cuantos muchachos vecinos que nos acercábamos para conocerlo de cerca, porque era, como hombre, tipo interesante, y, además, un herido en acción de armas. Era de color blanco mate, frente ancha y despejada, nariz aguileña, ojos negros de mirada firme, cabellera negra también, sedosa y larga al estilo de los antiguos bohemios; dotado de cuerpo alto, delgado y ágil, denotando en todo su conjunto el tipo del varón inteligente y resuelto. El que estas líneas escribe leía en aquella lejana época, las *Escenas de la Vida Bohemia*, de Henry Murger, musicada más tarde por Puccini—y el volumen traía grabados. Entre ellos figuraba el de Rodolfo, el artista amante de Mimí. De pronto, encontró mucha semejanza entre los rasgos fisonómicos del personaje inmortalizado por Murger y los del inválido joven que veía por primera vez de cerca; y siempre que lo ha recordado, o visto después un retrato suyo, se ha fortalecido en él aquella primera impresión fisonómica; pero los ideales de Cabezas eran de otro carácter y alcance que los del enamorado artista del Barrio Latino en 1800. El periodista tico-nicaragüense anhelaba realizar un ideal concebido en forma de hecho histórico, bien definido, al que su nombre quedara ligado en el futuro; y logró su realización porque tenía, como los grandes genios, lo que se ha dado en llamar *el grano de locura*.

Mientras restablecía de la herida en la casa Lacayo, ocurre otro movimiento armado en León. Los liberales leoneses inician, el 11 de

4 poemas

(En el Rep. Amer.)

Los dedico, lo único que tengo,
a Jota.—Fresia

AGUAS

Aguas sonoras y eternas,
aguas benditas las del hombre,
sin ellas, no vive!
Aguas benditas de la tierra,
sin ellas, nada florece.
Con agua bautizo mi lengua,
hazla sonora y corriente,
fresca y hechizante!
Mar recóndito y eterno
abre el corazón de tu existencia,
tus pasiones, tus calmas y mareas,
serán de mi sangre la viva esencia.

VUELO

Sé volar,
Levanto levemente mis pies
y me lanzo!
Soy nube, soy pájaro,
soy yo, con alas.
Qué delicia, qué contento, qué paz.
Libre! Me digo
y palpo mi cuerpo aéreo!
Mis manos de asombro
rompen mi sueño.
Sólo me queda flameante
el dolor físico de mi ansia.
Es terrible batir mis alas
en los confines de una estancia.

MI MENTE

Mente divina!
Es serpiente, es vara milagrosa,
vara bendita de Moisés—
vierte agua de las rocas.
Mente de ojos maravillosos
que dan luz a las cavernas,
son videntes!
Abarcan lo pasado y miran el
futuro de los hombres,
Mente de ser humano,

mente divina! Cuya sustancia de Luz Universal
revela a mi cuerpo mortal
la Verdad, interna e inmortal.

PRIMAVERA

Anuda la tarde fresca en tu alma.
Tarde de Primavera temprana.
Recoge plumas de nubes,
en tus ojos y ama los árboles.
Arboles verdes, cimbreantes
de talles negros, brillantes.
Melodiosos árboles de aterciopeladas cortezas.
Purpúreos talles de cerezos
qué niveas tus flores
qué verdes tus verdes hojas!
Dí a tu corazón que calle y escucha
el canto de esta Primavera sutil,
el susurro de mar de estas brisas.
Sombras nuevas de sol y luna
dibujos de sombra oscura, dibujos de luces.
Anuda la tarde en tus manos,
recoge plumas de nubes
en tus ojos y ama los árboles!
Cimbreantes, purpúreos, melodiosos!
Cortezas aterciopeladas de cerezos,
qué verdes sus verdes hojas
qué niveas sus fragantes flores
qué vivas sus sencillas almas.
Dí a tu alma que aprisione esta Primavera,
es tan breve, tan pasajera!
Mira los pajarillos tiernos, apresurados
tejen nidos entre trinos y amores.
Mira a los niños,
libres por fin del frío invierno,
potrillos pícaros sin freno,
diabillos locos con cuernos de risa.
Juega! Juega! Se va la vida tan de prisa.
Anuda la tarde clara y fresca en tu alma,
luego, en las borrascas, te servirá
de dulce refugio y santa calma.

FRESIA HILAROVA

Evanston, Illinois, U. S. A.,
agosto de 1942.

(2) *Quod Scripsi, Scripsi*. Rigoberto Cabezas. Bluefields, Nic. 1895.

julio del mismo año, una contra-revolución, que triunfa dos meses después. Este movimiento arroja del poder al partido conservador, y arrebató a Granada la hegemonía que por más de treinta años había ejercido sobre los destinos nacionales.

Cabezas, miembro destacado del partido victorioso, es nombrado Inspector General de Armas de la Costa Mosquitia en el Atlántico, y su amigo íntimo, el general Carlos Alberto Lacayo, Intendente de la misma región. Pocos días después de sus nombramientos, los dos se dirigen a ocupar sus elevados cargos; y es entonces que Cabezas realizara la magna obra que había concebido su mente.

Hacia más de un siglo que la Reserva Mosquita permanecía administrada por un gobierno ridículo; el de Henry Clarence, Rey Mosco, gobierno marioneta sostenido y protegido por la Gran Bretaña. Los anteriores gobiernos nicaragüenses se empeñaron, inútilmente, en recuperar el territorio. Lo hacían por conducto de la diplomacia, y cabalmente, por la lentitud del procedimiento, no alcanzaban su objetivo.

Cabezas, desde que toma posesión de su cargo, aprehende con toda claridad el gran problema de la reincorporación, lo estudia y lo madura. Para esto obtiene antes la opinión del doctor Horacio Guzmán, Ministro de Nicaragua en Washington en esos años. Guzmán informa a Cabezas, confidencialmente, cuál es la actitud del Departamento de Estado Americano. Este, según el informante, aprobará cualquier acto *manu militari* como un *fait accompli*, pero rehúsa hacer declaraciones públicas, debido a sus relaciones con Inglaterra. Con esos informes en su poder, Cabezas se encara frente al problema, desplegando actividades y energías que sólo un espíritu como el suyo podían hacerlo. Consideró que aquel era el momento psicológico de obrar y procedió en consecuencia.

Forma su plan, pero antes de iniciarlo se asocia de otro militar de temple igual al suyo: el coronel Francisco E. Torres, jefe militar de la ciudad de Rama, cercana a Bluefields. Al mismo tiempo, pide y obtiene la cooperación de varios elementos conservadores granadinos, amigos personales suyos, que vivían en dicha región consagrados a tareas agrícolas. Y ya contando con esos apoyos materiales emite su famoso decreto del 12 de febrero de 1894 en el que dispone la deposición del Rey Mosco, y la ocupación militar de Bluefields, por tropas nicaragüenses. Entra a Bluefields, iza la bandera de Nicaragua en los edificios públi-

cos, que antes ocupaban las oficinas del protectorado. Con ese acto, rápido y audaz, se consigue la reincorporación del territorio de la nación segregado por más de un siglo.

Como es natural, surgen las protestas y las complicaciones diplomáticas. Protesta el Rey Mosco, primero, sugestionado por elementos comerciales extranjeros, que pretenden desconocer el decreto del doce de febrero; y bajo cuerda, recibe aquel ridículo gobernante el apoyo de Inglaterra para mantener su protesta. Se presenta, pues, un período de graves complicaciones que serán más tarde removidas, una a una, con decisión y energías.

La Gran Bretaña, por otra parte, interviene directamente por haber sido expulsado del territorio de la Mosquitia un tal Mr. Hatch, súbito inglés y titulado vice-cónsul de esa nación. A este Mr. Hatch se le aplicaba la pena de expulsión por haber organizado, en unión de elementos extranjeros residentes allí, una junta que se oponía a la reincorporación de la Mosquitia a Nicaragua.

El gobierno de Managua, después de sancionar el decreto del doce de febrero de 1894, se hace cargo de defenderlo en el campo de la diplomacia. Contaba, además, para su defensa, con la actitud benévola del Departamento de Estado del gobierno americano, como se ha dicho antes.

Le toca al doctor José Madriz, uno de los personajes más notables que ha tenido Nicaragua, defender, en su carácter de Ministro de Relaciones los derechos de la nación en la Costa Mosquitia y lo hace con dignidad y brillantez. La lucha en este terreno es desigual, lenta y penosa, debido a que la poderosa Inglaterra asume una actitud de franca hostilidad, negándose, en principio a reconocer la soberanía de Nicaragua en el territorio en disputa y exigiendo al mismo tiempo al país, diez y siete mil libras esterlinas como multa por la expulsión de Mr. Hatch, que se hacía llamar vice-cónsul de la Gran Bretaña. Como Nicaragua considera injusto el procedimiento y rehúsa pagar la multa, barcos de guerra ingleses desembarcan marinos y ocupan el puerto de Corinto en el Pacífico.

En ese estado de cosas interviene con toda oportunidad el Ministro de El Salvador en Londres, y ofrece la garantía de su gobierno para el pago de las diez y siete mil libras esterlinas. La Gran Bretaña acepta la garantía y ordena la desocupación del puerto de Corinto. El Comandante de los buques de guerra ingleses, antes de abandonar el puerto, deja escrita y fija en las paredes del edificio que ocuparon sus fuerzas, esta leyenda:

"Nicaragua has seen fifteen days of good government".

Este acto del Comandante inglés, lo calificó un escritor de la época, como "Jactancia indecorosa, que añadía el escarnio al indigno abuso del poder y de la fuerza".

Las gestiones diplomáticas hábilmente iniciadas por el doctor Madriz sirvieron para llegar hasta el 19 de abril de 1905, fecha en que la Gran Bretaña, al firmar el tratado Harrison-Altamirano, reconoció por fin la soberanía de Nicaragua sobre la Costa Mosquitia. Con este acto final se selló el triunfo de los derechos nicaragüenses, por tan largo tiempo y con tanto sacrificio sostenidos; y la obra del general Rigoberto Cabezas, quedó por esa Convención plenamente justificada. Cabe aquí reproducir lo que el doctor Madriz escribió a Cabezas el 28 de noviembre de 1895: "Usted es el héroe de esa gran jornada: a su fe, a su constancia; a su abnegación se debe". El país entero reconoce hoy, ampliamente, el valor justiciero de aquella frase del doctor Madriz.

Pero hay que volver a la labor del Reincorporador en aquellos días críticos de los trámites diplomáticos. Su obra no terminó con la ocupación militar: fué seguida por la de reconstrucción. Quería lograr una forma, plenamente concreta, en la realidad. Nombrado Gobernador del Departamento de Zelaya, así se llamó primeramente el territorio incorporado, se dedicó a dictar leyes y reglamentos para establecer la jurisdicción nicaragüense en el territorio que antes manejaran los indios Moscos; y al mismo tiempo, fundó *La Gaceta del Norte*, semanario, el primero editado en castellano en la Costa Atlántica y en el que se insertaban las nuevas disposiciones legales, y se iniciaba campaña cultural para solidificar el dominio y la soberanía nacionales sobre el territorio reconquistado. De todo lo que existía en el régimen anterior Cabezas no dejó nada en pie, únicamente la Misión Morava, institución educativa, establecida desde hacía años en esa Costa, por ser ella útil para continuar la obra de civilización entre los indios mosquitos. Pero a la vez, dió facilidades y estimuló el establecimiento de la Iglesia Católica que contribuiría al mismo fin.

Adolfo Vivas, escritor nicaragüense, que sirvió a Cabezas como secretario en aquella época de reconstrucción, refería a sus amigos lo admirable de esa labor intelectual del Gobernador. Aseguraba Vivas que éste disponía de tiempo para todo, y que a fin de activar el trabajo de su despacho, mantenía tres secretarios a quienes dictaba a un mismo tiempo diferentes escritos, y aun tenía tiempo para escribir los editoriales en *La Gaceta del Norte*. Todos sus esfuerzos los enderezaba el Gobernador para hacer efectiva una buena administración en el departamento que él reincorporó y que después se le entregaba para gobernarlo.

Empeñado en estas prácticas tareas se encontraba cuando fué informado que el ministro General don Francisco Baca, había ordenado levantar una información en León, para averiguar la verdad de una denuncia de faltas graves cometidas por autoridades de la Costa Atlántica "contra soldados leoneses", según reza la orden ministerial del catorce del mes de febrero de mil ochocientos noventa y cinco (3).

(3). Todo lo que se relaciona con esta información y los cargos lanzados en contra del General Cabezas, está tomado de su opúsculo *Quo scripsi scripsi*, publicado por el mismo General en Bluefields, Nicaragua, en la Tipografía de "La Gaceta del Norte", en 1895.

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

Además, se le hacía al Gobernador otro cargo: el de "malversador de fondos públicos". Se fundaba éste último en un informe rendido por Félix Romero, en su carácter de Inspector General de Hacienda en esa época—el mismo personaje político a quien Cabezas, desde las columnas de la prensa, había obligado a renunciar el cargo de Sub-secretario de Hacienda en 1891.

Inmediatamente que Cabezas tuvo conocimiento oficial de las denuncias y cargos, dirigió un telegrama al presidente Zelaya en que decía al Jefe del Estado: "Sólo espero firmar los inventarios y volaré a esa para confundir al calumniador Romero"; y después de agradecer al presidente la resolución de éste de que se le haría completa justicia, termina así: "El honor bien guardado es como la luz del sol; el del reptil, no cubre más que el pedazo de tierra donde se arrastra."

Nuevamente surge en 1894, para desgracia de Nicaragua, el funesto localismo, nunca bastante fustigado ni estigmatizado como malsano y que tanta sangre ha costado al país. Se le sindicaba al general Cabezas de tratar mal a "soldados leoneses", juzgándose en esa forma con mezquino criterio una disposición emanada de su autoridad. Todo no era sino una intriga para hacerlo renunciar el cargo y reponerlo con el general Agustín Duarte, de León.

Al cargo de localista, que se le imputa, contesta el general Cabezas: "No hay soldados orientales ni occidentales, granadinos ni leoneses"; y más adelante agrega: "Si alguien no puede distinguir colores políticos ni colores lugareños es el que ha pronunciado con fervor en un campo enemigo el nombre que a todos nos une, el nombre de Nicaragua". (4).

Pide al presidente, y éste se lo concede, que se le someta a juicio público ante un tribunal reunido en Managua; y reunido éste bajo la presidencia del Ministro de Hacienda hace brillante defensa de sus actos como empleado público. Deshace los cargos que se le imputan, presentando pruebas de la administración de los fondos encomendados a su cargo; y justifica todos sus procedimientos. El tribunal que lo oye, lo absuelve; y la opinión pública, unánimemente, aplaude este veredicto absolutorio.

El Presidente Zelaya no creyó nunca en la culpabilidad de Cabezas. Así lo afirma éste, cuando declara: "Hay que decir también, aunque así lo exprese el mismo señor Guzmán, que no sólo nos hacen justicia los conservadores, sino también muchísimos de los liberales, y entre ellos su jefe caracterizado el General Zelaya". (5)

Con respecto a la actitud del Presidente Zelaya en este desgraciado asunto, hay que tomar en cuenta que su gobierno pasaba en esos mismos días por una difícil y azarosa crisis política. Gran parte de los liberales leoneses que ejercían puestos en su gobierno, lo adversaban desde sus respectivas posiciones oficiales, hasta llegar al 24 de febrero de 1896 en que se levantaron en armas para derrocarlo. Prácticamente ese elemento ejercía en la administración suprema influencia, y por lo mismo, fué fácil a los enemigos del General Cabezas, plantearle

Compramos

los tomos I a XXX de este semanario.

Empastados, en buen estado, sin roturas ni manchas.

Oímos propuestas. Diríjanse al Apartado de Correos Letra X., en San José.

la acusación de que se ha hecho mérito; primero, considerándosele como oriental, enemigo de León, y después, aprovechando la actitud de un enemigo suyo que le acusaba de irregularidades en los gastos del Departamento confiado a su cargo.

Amargado por las consecuencias de que era víctima de parte de los que él consideró amigos; herido en lo profundo de su alma por la calumnia, fué a buscar al campo, como siglos antes Dante, desterrado de Florencia, llegaba al solitario convento de los Apeninos en busca de Pace. Poseía el general Cabezas una pequeña finca cerca de la ciudad de Masaya, y después de renunciar el cargo que servía, se retiró a esa heredad que el bautizó con el nombre de *El Aventino* a luchar allí, a brazo partido, con escasos recursos.

El mismo conduce todas las madrugadas a Masaya, la leche que produce su pequeña propiedad; y durante las pocas horas que permanece en la ciudad, atiende a su correspondencia. Trabajando la tierra en aquellas horas de fatiga, pudo haber repetido con el Poverico de Asís, el bellísimo canto de éste a su dama Pobreza, porque el Reincorporador de la Reserva Mosquitia, fué, toda su vida un pobre, viviendo siempre humilde y frugalmente.

Mientras se ocupaba en las labores agrícolas, le pica un insecto ponzoñoso. Es llevado a su casa de Masaya para atenderlo; pero el caso es grave porque el veneno ha invadido rápidamente la sangre. A su hogar, llega a verlo el doctor Horacio Guzmán, viejo amigo suyo. Como médico se convence, por el estado del enfermo, que el caso es fatal. Al regresar a su casa de Granada contaba el doctor la dolorosa impresión que había recibido al visitar la casa de la familia de su íntimo amigo. Allí faltaba todo, hasta lo más indispensable para mudar la ropa del ilustre enfermo. Lamentábase el doctor, no de la muerte del amigo, sino de la situación en que se encontraba aquel hogar en esas horas de dolor. Las personas que oyeron al doctor Guzmán referir esa penosa escena contaban lo que el doctor Guzmán refería también, que esa familia sobrellevaba con serena humildad y decoro su penosa situación. Ni una queja, ni la más ligera insinuación para que se les ayudara. La madre, abnegadísima, cuidaba del hijo querido que murió tan joven. Treinta y seis años contaba el General Cabezas al morir, pero su vida no la vivió en vano, y pudo exclamar como Leonardo de Vinci: "Si come una giornata vene spesa da lietto dormire, cose una vita ven usata da lietto morire". Murió en la flor de la juventud, como todos aquellos artistas y héroes del Renacimiento italiano, ya que Cabezas fué también como ellos: un artista de la palabra y un hombre de Estado.

Su muerte ocurrió en agosto de 1896.

En los días de la reconstrucción de la antigua Reserva Mosquita, tuvo íntimo contacto con poderosos intereses arraigados allí desde hacía muchos años, que entraron en choque con los nacionales, defendiendo éstos como era su deber, con entereza, rectitud y probidad.

Este último rasgo de su vida pública no fué sino una consecuencia natural de su gran espíritu.

Salvador Calderón Ramírez, escritor nicaragüense, dijo, refiriéndose a Cabezas: "En él se cumplió la ley del martirio a que están sujetos los hombres superiores: la calumnia azotó su frente".

Adán Vivas, poeta, nicaragüense también, en su poema *El General Zelaya y su Obra* coloca el nombre del general Cabezas entre las figuras prominentes al iniciarse aquel gobierno, y le dedica estas estrofas:

*Y ese Tipo del Genio del combate,
Ese raro escritor, ese manchego,
Que como el mar enfurecido late,
Y que ni un día conoció el sosiego.*

El gobierno de la república, al tener conocimiento de la muerte del general Cabezas, dispuso que los funerales se hiciesen por cuenta de la nación, con honores al extinto. El propio presidente Zelaya llegó a Masaya a dar el pésame a la familia y asistió a los funerales.

El doctor don Manuel Coronel Matus, Ministro de gobierno, pronunció a nombre del mismo, la oración fúnebre, al ser depositados los restos en el Cementerio. No vacilamos en reproducir aquí un párrafo de ese bello panegírico:

"Pocas palabras bastan a lamentar la pérdida de ese carácter entero al que sólo pudo quebrantar la muerte; de esa inteligencia superior que brilló como un sol tropical desde los primeros albores de la vida; de esa alma generosa que amó el deber y el sacrificio en aras de la libertad; de esa constancia que recorrió todas las esferas del trabajo y no conoció los límites de la laboriosidad; de esa virtud, humilde en el hogar, tierna al reclamo de la madre, dócil a la labor paterna, soberbia y ruda en presencia de los despotismos o cuando contempla la concepción de las sociedades, vileza de los hombres".

Como un débil recuerdo a su memoria, uno de los puertos de la Costa Atlántica de Nicaragua se llama hoy: Puerto Cabezas.

Ultimamente, por suscripción popular se erigió en Masaya, un busto de mármol, colocado en la Plaza Principal, donde vivió y murió este héroe centroamericano.

Pero en las páginas de la historia de Centro América, y en la galería de sus hombres ilustres, el nombre del general Rigoberto Cabezas figurará como prócer al lado de los que declararon su independencia, y de todos aquellos que han laborado en bien de sus instituciones.

San José de Costa Rica, marzo de 1942.

Clorocid

Tabletas a base de cloro orgánico para desinfectar el agua de bebida.

Una o dos tabletas en un litro de agua la dejan estéril a la media hora de contacto.

En frascos de 50 tabletas para esterilizar 50 ó 25 litros.

Laboratorios PAN ANDINOS.
Director J. CUSI, farmacéutico
San José, Costa Rica

Apartado 1351

Teléfono 2250

(4). Obra citada.

(5). *Quod scripsi, scripsi*, página 65. Séanos permitido hacer algunas observaciones a la actitud del presidente Zelaya en relación con este incidente del general Cabezas. Además de las razones expuestas, que atestiguan los hechos, debe tenerse presente que el general Cabezas muere cuando aún el presidente Zelaya, luchaba en los campos de batalla contra los rebeldes contra su gobierno.

Poemas tuyos y míos

(En el Rep. Amer.)

A ti, Haydée

Y viniste a prender en los surcos de mi corazón
el milagro de una nueva semilla.
Borraste de mis ojos el adiós
de una lágrima,
y así de nuevo vieron
lo indefinible que encerrar queremos
en la palabra vida.
¡Bendita seas!

Por eso
quiero que sepas
que este labriego,
que late en lo profundo de mi pecho
al ritmo de las rosas,
sufre cuando en su tierra arroja
con la semilla buena,
la de frutos de sombra y no de estrella.
Y tú,
milagro hecho canción en tus miradas,
has desecado en mí las turbias aguas.
¡Bendita seas!

¡Porque vibro de nuevo
en tumultuoso aliento de cosecha,
reverdezco!
Mi timón tiene estela
de plenitud.
Ha llovido en mis campos
y los surcos
han cerrado sus bocas agrietadas,
al temblar en sus mundos
una canción de estrella
que se convierte en sol.
¡Vibra mi tierra!
Vibra en silencio
de mujer de ojos-madre o de ojos-cielo,
Porque sabe, temblando, que en su seno
hay rumor de cosecha.
¡Bendita seas!

"Villa Cavita", VII-42.

I

Te vas; y una frase de broma
ha prendido en mi alma
lobregueces de cueva, laberintos de bosque.
¡Pero no!
Somos agua en el agua,
luz en la luz,
y nuestras manos juntas
repican y repican en el mismo pandero
que dice: ¡vida! ¡vida!
Sin embargo
siento algo que me incita
a detenerte,
a no dejarte ir...
Te quiero mía,
cerca de mí.
Tú sabes lo que siento.
¿Verdad...?
Es... ¿Es acaso que puedo
decírtelo?
Son pocos días,
somos agua en el agua
y sin embargo,
no quiero que te vayas...

II

Pero es inútil.
Tienes que irte, y yo no digo nada.
Son dos semanas,
en que trenzando iré con mi cariño
una hamaca de versos
en que tú puedas, cuando el tiempo llegue,
mecerte tus sueños...

III

¡Qué loco!
Vuelvo a leer lo escrito,
y, perdóname...
Es sólo mi cariño.
¡Diviértete!
¡Anda! No te preocupes;
goza mucho,
y el día que regreses,
aunque parezca absurdo,
tal vez te quiera más...
(El ansia acumulada
hará que brille entonces mi mirada
como nunca.
¡Y tú sabrás por qué!)

TRES NOCTURNOS SINTETICOS

I

Esta misma luna
que desgrana su polvo melancólico
aquí, sobre las hojas, en la capilla,
en las musgosas tejas,
sobre mi alma,
es la misma que alumbraba
allá,
donde tú estás,
¿sobre tu alma?

II

Hay un nocturno;
hay
acordes para mí.
Hay mi mirada
que se pierde en los pliegues de la noche
hacia allá...

III

Esa hilera de luces
que miro en lontananza,
es el camino alegre que conduce
a donde tú te hallas.
Y como hay en el alma
brisa de anhelo,
miro a mi corazón seguir las huellas
de la hilera lejana,
lanzado por el arco de mis ansias...

"Villa Cavita", VII-42.

He llegado.
La luz y las cartas
me acompañan
para que juegue solitario...
La torre de la iglesia
deja ir en la noche, con pereza de vieja,
metales hechos viento.
Hay un reloj.
(Hay un tic tac que me incomoda).
¡No me cierra!
¿Empezaré de nuevo...?
¿Para qué?
¿Y si lo cierto
engañándome...?
¿Para qué?
¿Para qué...?
¿Por qué...?, ¿por qué!
Frendo un cigarro.
Juego con la cerilla;
resbala la pregunta,

y mi alma
se queda muda...
(No cerró el solitario...)

VII-42.

Este mar... Poco a poco
me he ido hundiendo...
Y yo soy mar.
Y tú, mar de mis sueños,
Entre dos aguas
flota mi cuerpo,
milagro
de un mar en otro mar ambos envueltos
en otro mar...

Arriba
juegan las olas.
Y sus risas
llegan hasta mi centro.
Y como llegan
por todos los caminos verdiazules
que tiene el agua,
y yo me río
por todos los caminos de mi alma,
no sé hasta dónde llegan las risas de estos mares
o hasta dónde las mías.
(O tal vez se han unido
integrando
una sola sonrisa...)

De día,
en el cambiante espejo,
la luz vibra en el seno
de mis risas que salen.
Y por eso
brilla la superficie.
Luz que es luz y también luz-carcajada;
luz que baja integrándose a mi cuerpo
por la infinita ruta de mis aguas...

En las noches de luna
la luz sólo es sonrisa,
en interrogación que suave y muda
lo expresa todo sin decirnos nada.
Y a veces esa luna
su faz muerta de maga
esconde entre las sombras.
Y sin embargo, yo, mar, me hundo en los mares.
Y contemplo
en las aguas sin astros el silencio
que me hunde más y más...
(¡Ah! tus dos ojos...)

Yo era una fuente con sed.
Y aunque cantara y cantara,
el agua de mis ensueños
con lágrimas se mezclaba.
Yo era una fuente con sed;
fuente limpia, fuente clara,
fuente con ansias de olvido
y con ansias de alborada.
Qué me importaba que el sol
allá en los cielos brillara,
y qué me importaba el roce
de la luz sobre mis aguas,
si allá en lo profundo, fuente,
sollozaba sobre mi alma.
¡Ay! qué terrible la sed.
Con qué lágrimas lloraba,
y cómo el llanto salía
por grietas de mi montaña
en un silencio de rosas
sobre tumba abandonada.
Y mi agua, que nunca puede
cambiar, y que sólo es agua,
en campos de cielo verde
los jardines fecundaba.
Y los cielos no sabían
la fiereza de sus ansias,

Rosas y rosas brotaban
sin que nadie se enterara
que su savia, más que savia,
era palpitante de lágrimas.
¡Pero ha llegado la hora!
Despertaron las pestañas
de la fuente de los sueños
con formas dulces y vagas;
porque he sentido el milagro
de unos labios que mis aguas
han bebido, y ya no lloro.

Costa Rica, agosto del 42.

Ya tengo mi sed calmada.
El azul claro de un día
profundo azul de esperanza
ha llegado a ser. Y quiero
que siempre bebas de mi agua,
porque mientras tú la bebas
se tornan todas mis ansias
en plenitud de verano,
o en carcajada de lanza,
clavada al fin en el blanco
que tanto tiempo añorara.

MARIO HERNÁNDEZ

La fierra

(En el Rep. Amer.)

Fue una tarde veranera de un diciembre inolvidable.

Mucha luz en la pampa. Viento fresco en las colinas y mucho polvo en los caminos.

En los corrales de "los Villegas" había trájín de fiesta: mujeres olorosas a "jabón fino", con ramitos de flores en la ondulada cabellera, blusa asedada de manga corta y enaguas engomadas. Todas iban y venían saludando con sonrisa de amiga o miradas de novia a los "chalanés" que se aprestaban jubilosos a la tarea vespertina, que ellos adivinaban llena de emociones y prometedora de triunfos y de glorias.

Sobre los maderos del corral escogido para la fierra, maderos que se apiñaban unos a otros formando círculo casi impenetrable, niños y niñas curiosos se sientan desde temprano a esperar el comienzo del espectáculo.

No lejos de allí, junto al rancho de "guarumo" y "hojas de caña" donde se ha instalado provisionalmente la cocina en la que las mujeres más viejas preparan las viandas de la cena, una marimba, alegrón y bullanguera, suelta a los aires notas de valse y polcas que prenden chispa de entusiasmo a jóvenes y viejos. Dos guitarras, rasgadas con maestría y denuedo la acompañan con sus acordes sonoros. Bajo los naranjos del patio, las parejas danzan acompasadas y sudorosas.

De cuando en cuando "la Petra" y "la Jacoba", cuarentonas de piel tostada, pero "nobles", "muy nobles", porque nunca dicen nó a nada ni a nadie, que nunca faltan en las fiestas y que sirven para todo, salen del rancho y distribuyen entre músicos y bailarinas sendas jícaras con chicheme, chicha o aguardiente, del comprado "onde el chino".

Un poco más allá, del lado del "yurro" que corre callado entre el pasto, a la sombra de "espabeles" gigantes, se alza de pronto una polvareda. Un clamor de "gui-pi-pías" llena los aires. Se oyen también cantos a la fuerza y al poder: "He coyunda, aquí está tu sebo", "gui-pi-pía, al que diga pe le pego y al que diga pa lo apaleo". Son algunos de los amos de la pampa, son los reyes de la zoga, son los sabaneros de una hacienda vecina que vienen a prestar su apoyo a los compañeros del viejo Villegas. Vienen veloces, como rayos, sus corceles apenas si tocan el suelo, y de pronto, junto al portón, como obedeciendo a una voz que nadie pronuncia, "sientan en raya" a sus briosas cabalgaduras, "de pecho ancho y canilla fina".

"Los Villegas" y sus muchachos salen al encuentro. La marimba y las guitarras cesan de vibrar, y todo mundo se encamina al corral.

La fierra va a comenzar... y comienza.

Un muchachito abre la tranquera y salta al redondel un novillo, ágil como un venado, punteados los cachos, barzino el cuero, blancas las pezuñas. Los muchachos se aprestan.

"El rengo Miranda", uno de los tantos, es el primero en lucirse: el novillo pasó junto a él como una exhalación y nadie supo explicar si lo que vió en el aite fue la cornamenta o el lazo. Lo cierto es que un segundo después la cuerda se estiró, el rengo Miranda hincó los dedos en la tierra, y pegó un grito: "No escupo al sol por no dejarlos a oscuras".

El cuadrúpedo fue arrimado al "bramadero"; allí lo volcaron y de un fogón que estaba por fuera del corral trajeron "el fierro", rojo como los celajes de aquella tarde, y sobre una paleta lo dejó pasar pesadamente el viejo Villegas, orgulloso de estampar sus iniciales en los cuadriles de aquel bruto que lo pasearía hasta el día de la muerte por las pampas soleadas de aquella ardiente tierra guanacasteca.

Puesto el fierro, el rengo Miranda se acercó al cuadrúpedo, le cruzó el cuerpo con una cuerda, por la parte delantera, la ajustó bien, se agarró del mecate, pegó un brinco, cayó en los lomos del animal, y gritó: "suéltelo". Sus amigos soltaron al bruto. Hombre y animal se vieron en los aires. A un tiempo, la gritería era ensordecedora: "tégase duro", "cuidado afloja las piernas", "el polvo lo espera", "cuidado con besar la tierra". Y el animal seguía brincando, pero aquel hombre, aquel rengo Miranda, no era un hombre: era parte de aquel animal, era otro fierro en el lomo del semoviente. Por fin, en un momento de sosiego el rengo Miranda se tiró, de pie en la tierra, con la cabeza erguida, de frente hacia el sol, saludando a la gente. Los primeros aplausos fueron para él, que había sido el primero en lazar y en el montar, que era la regla: el que amarraba al animal tenía que montarlo. Y así fue; y él triunfó.

Después fue otro, y luego otro, y otro, y muchos más. Cada sabanero que lazaba, era sabanero que montaba, y aquello se fue convirtiendo poco a poco en corrida taurina como en el mejor de los días de fiestas cívicas en nuestros pueblos alegres.

Al final de la tarde, cuando ya sólo un animal restaba por montar, "el viejo Villegas", el patrón, sintió que lo aguijoneaba el amor propio; él, que en sus años de mozo fue entre los sabaneros el mejor de los mejores, no podía aquella tarde de fiesta resignarse a sólo estampar el fierro en sus animales. Recordó sus años de triunfo en la sabana, pidió "un manila", entró al corral, y cuando el novillo pasó junto a él, le dejó ir "un por debajo" clásico, seguro, firme. La gaza se ajustó de seguido en las astas punteadas del cuadrúpedo y el viejo Villegas sonrió, triunfante, alzó las manos, y con gesto de gladiador victorioso saludó al público que lo aplaudía.

Un sabanero suyo puso el fierro, pero él mismo, al igual que el rengo Miranda, ajustó el "pretal" al novillo, se asió bien al mecate, brincó como el más ágil de los simios, se encaramó al

animal, y gritó: "suéltelo". Sus ayudantes le hicieron caso. El animal comenzó a saltar como bola en rebote; ponía las patas a un lado, de derecha a izquierda, para atrás, para adelante, pero el viejo Villegas seguía en su puesto, firme, valiente, vencedor.

Hubo un momento en que el animal, cansado, dejó de saltar. El viejo sabanero despegó sus manos del mecate, aflojó las piernas, alzó los brazos y estrechándose él mismo las manos de nuevo empezó a saludar al público que lo vito-reaba. De pronto, ante la expectación general, el novillo se alzó de la tierra, tendió su cuerpo en los aires, y el viejo Villegas, sin esperarlo siquiera, cayó "pauza abajo", besando el suelo.

Una nueva gritería inundó el espacio: "al zopilote, al zopilote", y el viejo patrón, alzado por sus propios sabaneros, con al cara cubierta de polvo, fue llevado hasta el tronco de un frondoso higuérón.

Allá, en la copa del árbol, podrido y hediondo, infestaba la atmósfera un ave muerta: era "el zopilote".

Tres días antes le habían matado y suspendido en las ramas del árbol. Un niño le cuidaba espantando a los otros zopilotes que trataban de comerse a su propio congénere.

Aquel zopilote muerto y pestilente, escondido entre las ramas del higuérón, era en aquellos momentos como un Dios del sacrificio, del castigo o de la censura, entronizado en un altar de corteza, ramas y hojas. Hasta él serían subidos los sabaneros bisoños o descuidados que se dejaren tirar al suelo por el animal que montasen. Y el viejo Villegas, no por dueño o por patrón, iba a escapar del tormento. Alzado en peso, con la cara cubierta de polvo donde se escondían nariz, ojos y boca, fue llevado al altar del sacrificio. Lo sentaron en una tablilla amarrada en el extremo de una cuerda, pasaron ésta por encima de la rama más cercana al zopilote y comenzaron a tirar del otro extremo hasta hacer pegar las narices del pobre viejo en el deshecho cuerpo, hediondo y pestilente, del zopilote entronizado.

Unas gotitas de sangre, rojas como frutilla de higuérón en cosecha, empezaron a caer de lo alto del árbol. Los sabaneros y el público que vociferaba en derredor del tronco se dieron cuenta bien pronto de que algo grave sucedía al viejo patrón, y dieron orden de bajarlo en el acto. Así lo hicieron, y al bajarlo notaron que el viejo Villegas estaba herido en la frente, lo que nadie notó cuando lo alzaron porque una gruesa capa de polvo cubría su rostro moreno.

Allí terminó "la fierra", pero la fiesta siguió, por muchas horas más; hombres y mujeres se emborracharon, unos de alegría, otros con guaro, chicha y chicheme.

Sólo el viejo Villegas no pudo lagrer el gozo de aquellas gentes. Bajado no más de adorar al zopilote, pidió que lo llevaran a su cama de madera, forrada con cuero de res y protegida con mosquitero de velo vareteado por las suciedades, moscas y zancudos. Y allí, metido entre las cobijas, continuó sangrando al mismo tiempo que rumiando estoicamente su dolor.

—o—

Han pasado ya varios días desde aquella tarde de fervor taurino. Amigo que soy del viejo Villegas, me ha parecido de mi deber ir a visitarlo. Y voy a verlo en compañía de otro amigo.

Nos recibe en el corredor de su casa, sentado, en una "poltrona" de cuero, y con palabra entrecortada por el cansancio, nos cuenta que en el Hospital "del puerto" le cosieron la herida, "sin dormirme, porque a mí naide ni nada me amuina".

La herida en realidad era grande, y grave:

un casco de botella perdido en el polvo, se le había hundido en la frente, dejándole una marca imborrable, honda y profunda, en forma de "V", como la "V" que él mismo ponía en la paleta trasera de sus animales.

Conversamos; conversamos mucho rato.

Ya al despedirnos, el propio hacendado nos dijo, entre bocanada y bocanada de humo de su puro de "a cinco":

"Está divertido, verdad; no fue ese novillo

barcino que me puso en el suelo el último animal en ser marcado..."

Nosotros reímos la ocurrencia. Pero ya en el camino, cabalgando uno junto al otro, mi amigo rompió el silencio de los primeros momentos:

—"En realidad no estuvo mal, ni incompleta, la fierra de los Villegas".

JESÚS VEGA O.

San José, Costa Rica, Agosto del 42.

México, país pacifista en guerra

(En el Rep. Amer.)

(Trabajo leído en el homenaje a México que la Asociación Nacional de Escritores, Artistas e Intelectuales del Perú organizara la noche del 13 de junio de 1942).

Señor Encargado de Negocios.

Público oyente.

En los pocos días transcurridos desde que Méjico, el país hermano del nuestro, tanto en la sangre como en el pensamiento, previa consulta del Congreso, vale decir, del pueblo mejicano, por unanimidad, aceptara el estado de guerra contra los países del Eje; muchas voces solidarias, han expresado su sentir y su adhesión, tanto en este como en el otro hemisferio y lo han hecho unas veces en nombre propio y otras, en el de los pueblos que representan, tal el caso por ejemplo del gobierno del Perú.

La Asociación Nacional de Escritores fué la primera institución que hiciera público su aplauso y su voto por la decisión tan oportuna y serenamente tomada por el pueblo y gobierno mejicanos. En este acto en el que se reúne lo más selecto y comprensivo de los defensores de la inteligencia y de la cultura nacional, la Asociación de Escritores, se ratifica en los puntos de vista ya expuestos.

Parece ilógico, paradójico, el que un pueblo pacifista como el de Méjico, el que un pueblo que conquistó, que cultivó y que defendió la paz, dentro y fuera de sus fronteras, esté en guerra... Es muy sencillo de explicarlo sin embargo.

Cuando los intereses nacionales, cuando la soberanía y dignidad de un pueblo progresista que ha trazado su propio destino, que ha trabajado su porvenir como lo es el de Méjico, se ve agredido, se ve amenazado de correr la misma suerte que ha cabido a otros pueblos menos previsores; en defensa propia, no tiene otra solución que aceptar el reto y pensar en destruir al agresor. No hay en tales casos otra forma de defender la paz que no sea con la guerra. Desde luego, no la de rapiña, de asalto, de sorpresa; ha de ser la guerra defensiva. Tampoco la Unión Soviética quiso la guerra, trató de evitarla, pero al no lograrlo, fué resuelta a ella y ahora lucha por deshacer a sus agresores y salvar de la plaga bélica, al resto de los países del Mundo.

Sabe el país azteca que tanto la neutralidad ideal como la excesiva tolerancia, en circunstancias como las que vive la Humanidad actualmente, son nefastas para la integridad y honor nacionales. ¿Qué suerte corren y qué les espera a los pueblos europeos, africanos y asiáticos, cuyos gobiernos, creyendo que con ser neutrales les era bastante o que con ponerse de espaldas al peligro, por que éste no era visto, había desaparecido? Pues, las botas de los "arios" de todas las razas y de todos los países, han dado cuenta de ellos; han permitido esas medidas en que el monstruo se nutra con la sangre y las energías de millones de seres indefensos; han determinado la multiplicación de espectros que vagan y que vagarán sobre su propia tierra, pronunciando por muchas generaciones, como una maldición, el

nombre de los "arios" gestores y el nombre de los "arios" cómplices.

Este es el saldo que hasta ahora existe y que aumentará en muchos lugares de la Tierra, porque la neutralidad pura en estos tiempos, constituye entreguismo y la tolerancia, colaboración con los propios enemigos.

Teniendo en cuenta esas duras experiencias de pueblos semejantes y por razones inherentes a su ideología, Méjico, respondiendo a su presente y a su pasado y en previsora defensa de su futuro, se ha colocado con las armas al hombro, al lado de los otros pueblos que ya en el frente ruso, en el africano, en el chino o en el del Pacífico, detienen a los enemigos del progreso humano, destrozan a los nuevos bárbaros que desconocieran los valores de la inteligencia y de la cultura.

Méjico, en la Historia de América y del Mundo, por su actitud y posición de pueblo libre, representa una escuela de hidalguía y de honor. Desde sus orígenes fue y es bien definida su personalidad.

En la época pre-colombina conquistó sitio destacado en América, fué en el Norte el centro cultural mejor organizado, a la par que tuvo en el Sur, un paralelo en el incario.

Con la Conquista sufre un paréntesis en su marcha evolutiva, mas, a la vez, en ella encuentra un medio para expresar su vitalidad. Caído que fuera el último "jefe de hombres" como titulaban a sus emperadores, esto es, Moctezuma, surgió como reacción, Cuauhtemoc, quien representa ya la noción de Patria, de pueblo que anhela abrirse paso solo, y es entonces que se enfrenta al primer invasor.

Sigue este pueblo su trayectoria, no sin dejar de buscarse a sí mismo, pues, en los países vigorosos, las convulsiones internas, tienen ese significado. El proceso de individualización de pueblo autónomo, continúa con la protesta del primer producto, del cruce de las dos razas. Martín Cor-

tés, hijo del conquistador del Anáhuac y de la Malinche, pagó con el sacrificio de su vida, la ayuda que la autora de sus días prestara a los conquistadores. Desde esos lejanos días el Méjico mestizo, el nuevo Méjico dió pruebas de gallardía y de solidez.

Vienen luego, los años de la lucha por la Independencia. Y son los mismos mejicanos quienes la obtienen sin esperar ayuda extranjera.

En medio de contrastes y luchas consigo mismo, se robustece. Pero los conquistadores y gobernantes de corta visión, creyendo que ese estado angustioso de búsqueda era expresión de debilidad, trataron mas de una vez, de aprovecharlo en beneficio particular. Y es así cómo llegó a Méjico un nuevo invasor y fué así también cómo el pueblo mejicano, se sacudió del Archiduque Maximiliano, haciéndose sentir a través de la voluntad de Benito Juárez.

En el Méjico de hoy, logrado tan caramente, se acoplan todas las fuerzas positivas de la nación. Se dan la mano en este país, la inteligencia y el esfuerzo creador; el hombre de letras, el maestro y el artista, desprejuiciados, van al pueblo y le orientan... captan sus emociones y motivos, interpretan sus problemas y ese hombre-pueblo, desvertebrado y heterogéneo en otros países, en Méjico, es comprensivo y consciente; es por eso que dentro de sus fronteras no hay más que mejicanos que saben de su responsabilidad histórica y que quieren la grandeza y progreso humanos basados en el respeto mutuo, en la solidaria comprensión y coordinación dentro y fuera de los límites territoriales.

Gobernantes y gobernados, en los momentos supremos, dejando de lado diferencias ideológicas, se han identificado en los mismos ideales. Y es así cómo todo Méjico se conmovió y expresó su protesta por el atropello que sufrieran pueblos pequeños e indefensos como Etiopía, Albania, España, China...

Este es en síntesis, público oyente, el Méjico que al recibir el ataque se ha puesto de pie y con sus 16 millones de almas, aprobó y respalda la iniciativa y la acción de su Primer Mandatario General Avila Camacho. Es este el Méjico que en defensa de su personalidad y honor nacionales, ha aceptado, sin dilaciones, al ser agredido por los países del Eje, el estado de guerra...

Conservará el pueblo hermano, después de la contienda su prestigio y tradición de defensor de la paz y del derecho, porque para ello, cuenta con la fortaleza y voluntad de todos sus integrantes y tiene de su parte además, la solidaria adhesión de todos los hombres y pueblos libres del Orbe.

ALEJANDRO MANCO CAMPOS

Lima, 13 de junio de 1942.

Oye mi voz, Señor...

(En el Rep. Amer.)

Oye mi voz, Señor, mi voz estremecida,
que se eleva hasta ti por la escala del viento,
recógela en tus manos y escucha su acento
que es triste como el canto de una tórtola herida.
Escúltame, Señor, mi alma está vacía,
yo siento que la duda ya me tiene vencida,
tengo miedo de mí, de perder mi alegría,
quiero un poco de fe que me encienda la vida.
Una gota, Señor, de tu fe milagrosa
derrama sobre mi alma que ahora está vacía,
y verás como se abre como cálida rosa
y eleva hasta ti sus notas de alegría.
Oye mi voz Señor, mi voz estremecida,
que es triste como el canto de una tórtola herida.

Santa Ana, El Salvador,
setiembre de 1942.

CLARIBEL ALEGRÍA

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELÉFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro 22.

Giro bancario sobre
Nueva York

De la vida y de la muerte

(En el Rep. Amer.)

XIII

De la moral

La moral y la religión son separables. Los legisladores de pueblos atrasados dieron a las leyes morales origen divino para asegurar un mayor cumplimiento. Pero, hoy, nos cuesta admitir que la moral sea hija de la religión.

Toda ley restrictiva de nuestro egoísmo y todo deseo de cooperación desinteresada, nacen, sin que nadie pueda evitarlo, de la conciencia de cada uno. Y ésta, nada tiene que ver con la religión, pues seres sin profesión pública de fe, se comportan dentro de la más pura moral, y otros que se envanecen con sus creencias religiosas, son unos pillos. La conciencia aprovecha todos aquellos factores que ayudan su desenvolvimiento: ambiente, educación, herencia biológica y la moral, a su vez, aprovecha este desenvolvimiento para alcanzar su progreso.

Los pueblos pueden presentar un retroceso, en su vida. La historia nos hace ver un ocaso ético precisamente cuando la plenitud material ha llegado a su cenit. Un ejemplo: el pueblo romano pasa, de las costumbres más severas a la depravación más absoluta! Por esto se impone una ética basada en la necesidad social y en la satisfacción que cada uno siente de practicar el bien. La moral, dictada por la religión, es falsa, por impuesta; se practica por miedo a castigos eternos: no nace del deseo de uno de comportarse como ser que anhela la perfección.

Hay que recordar el relativismo en la moral, sobre todo en la obligada, y más que en otro aspecto, en el sexual. Prácticas que son ofensivas para la comprensión de la civilización occidental, resultan costumbres de la vida global de la isla de Bali, por ejemplo, cuyas mujeres ostentan el torso desnudo. Nuestras abuelas se persignarían asustadas si vieran las esbeltas jóvenes de nuestras playas, tapando, apenas, lo más visible de su desnudez, sin que los hombres les presten más atención que ayer a ellas.

El hecho de que individuos con preparación intelectual, con convicción religiosa y bastante convivencia comentan actos reprobables no quiere decir que la ética haya de radicar en tales cualidades, pues hay, también, la herencia e hijo de ella es el grado de sensibilidad de cada uno.

Hay que aceptar, además, ciertos actos remisos como último esfuerzo de unos desgraciados que, aun dentro de la convivencia actual, se resisten a subordinarse al bien común, y, con la única mira de lucro—una manifestación del brutal instinto de conservación—burlan las conveniencias ajenas, despreciando las leyes de una moral elemental, y se convierten en nuevos ricos. Sólo contemplando la evolución, que es ley eterna, la ética será cada día más severa, y esos violadores acabarían por acomodarse, violentamente, al principio, por hábito después.

Ciertas abstenciones provocadas por la guerra, producen el derrumbamiento de barreras ideológicas y el arribo de prácticas que antes se consideraban atentatorias a la dignidad: el uso de drogas, el lujo, (prostituto de la mujer), un positivismo exacerbado... influyen en la vida global y un descenso en los valores morales se acentúa día a día. Estas sombras asustan a los medrosos y a los que aspiran al conocimiento de lo trascendental obligándolos a refugiarse en el silencio de la soledad en donde se hallan mejor acompañados.

Y es triste tener que constatar que a pesar de tantos siglos de cristianismo la moral no se halla mejor que antes.

La hipocresía puede hacer aparentar formas morales a intenciones malas y a verdaderos diablos como santurriones ridículos. Pero, lo repetimos; la moralidad está en la intención. El cuerpo desnudo de una mujer puede dar lugar a sentimientos muy encontrados, pues mientras unos desearían poseerla, otros sabrán ver en él la mejor manifestación de la belleza plástica, y se acordarán de Dios. El caso de Susana se repite a diario. La impotencia crea el pecado. Y la vulgaridad una manera *sui generis* de considerar los actos. La costumbre, sin embargo, acaba por admitir como lícito lo que antes era ofensivo en extremo. Por ejemplo: la mujer madre sin ser casada. La beatería se asustaría de tal afirmación; en cambio, el criterio sano no se deja

influir por falsas valoraciones morales y admite con respeto a la mujer que va a ser madre o ya lo es sin tener marido legal, como si lo tuviera; porque de tan sana moral puede ser ella, como otra que haya legalizado ante Dios y los hombres su unión con su esposo. Y lo desagradable es que nadie regatea el trato al hombre que cometió la hazaña.

Por esto creo que la moral desligada de la religión se encauza y con el tiempo puede por acabar de implantarse en bases humanas, y lo que aún hoy es tenido por pecaminoso, llegue a ser aceptado como moral. Valga el ejemplo citado.

En cambio, por otra parte, quizás se consigna la valentía de tratar como seres miserables a encumbrados por la mala fe, y aún a costa de la ruina material y moral de inocentes, y rechazarlos del seno de la sociedad, ya que la justicia humana no quiere darles la pena que merecen.

Y no olvidemos que la moral es muy relativa y nosotros muy toscos, para que tengamos autoridad para enjuiciar, pues a lo mejor el hecho que juzgamos puede estar por sobre del pobre concepto de moral que tenemos y el ser criticado más perfecto que nosotros.

Cada cultura ha tenido su moral, y ésta ha sido siempre espontánea. Pero cuando la cultura desaparece y deja el campo a lo que de ella queda, que es la civilización, entonces se impone una moral cuando los senderos que la lleven, de nuevo, a su lugar de equilibrio, acondicionada, regulada, para encauzar la vida que va a tientas buscando. La cultura occidental murió al iniciarse el siglo XIX, y lo que de ella queda es esta pseudo cultura refugiada en las ciudades que no tiene noción del verdadero valor moral de la vida. En la cultura impera el espíritu; en la civilización, el cerebro. Y nadie negará que estamos viviendo los tiempos de una febril cerebración.

Hacienda "San Lorenzo",
agosto del 42.

LORENZO VIVES

Poesías

(En el Rep. Amer.)

LAS PIEDRAS

¿Qué secreto misterio
ocultan estas piedras
profundamente mudas
y eternamente grandes?
Nos hablan del embrujo
del mundo y de la vida;
nos hablan de una fuerza
suprema y redentora...
Aquí están los metales,
los múltiples metales
de todos codiciados
para forjar mil joyas,
para construir palacios,
para elevar los tronos
y para alzar altares
a todas las deidades.
Las piedras milenarias
que ostenta la montaña
nos muestran, en silencio,
su fuerza y su grandeza.
Aquí los hombres tornan
a ser de nuevo niños
porque la historia cifra
la historia de los siglos.
En santa beatitud

las piedras nos advierten:
"Vosotros sois pequeños;
lo grande está en la fuerza
que doma a la materia;
lo grande está en el Cosmos,
lo grande es siempre Dios!"

TARDE TROPICAL

En la orquestación cordial
de la tarde gris, serena,
se exterioriza la quena
de una musa tropical.
El crepúsculo es vitral
y el alma como una antena
hoy sintoniza la pena
de una emoción musical.
Oh! tarde, tu gracia imploro;
en tu letargo hay anhelo
y es lila la luz del cielo
que antes era un manto de oro.
Deja en mí la flor radiante
de tu antorcha sideral
y en tu nirvana triunfal
hazme un alma de diamante.

J. J. SALAS PÉREZ

Minas de San Gerardo,
San Ramón, Costa Rica.